

EL GRUPO CHONO O WAYTEKA Y LOS DEMÁS PUEBLOS FUEGOPATAGONIA

Por LLARAS SAMITIER

ANTECEDENTES. — En el mapa de los pueblos del extremo austral de América subsiste un nombre étnico y un área que representan, hasta hoy, un vacío en el conocimiento del antropólogo, del etnólogo y del historiógrafo; el nombre es el de los Chonos y el área comprende todo el litoral del sur de Chile, a partir de la isla de Chiloé hasta la boca occidental del estrecho de Magallanes.

Nada tiene de extraño que durante tres siglos se los haya olvidado, ya que se trataba de un grupo humano en rápido proceso de extinción. Por esta razón la oscuridad parece hacerse más honda cuando uno procura respuestas concretas sobre su físico, sus costumbres y sus creencias.

De todas maneras, la escasez de informaciones, que en ciertos renglones se presenta casi absoluta, reclama al observador que intente descubrir las causas que la produjeron. En este orden de ideas podremos enumerar las principales de la siguiente manera.

Es indudable que la vitalidad desplegada por los Mapuches en el escenario de la conquista absorbió la atención de los primeros cronistas y relatores de documentos oficiales, así como posteriormente lo haría con los viajeros: con todo, cuando los investigadores empezaron a fijarse en los canoeros fueguinos, en ningún caso se detuvieron a considerar los pobladores de la región occidental.

En segundo lugar, la asociación de un clima poco favorable con las ásperas particularidades topográficas de la región, constituyó una barrera que dificultó el tomar contacto con ese pueblo que se extinguió y que concluyó por desaparecer¹.

Frente a la incógnita racial que representaba el pueblo Chono, el antropólogo — apenas rozando la cuestión — optaba por relacionarlo

¹ La costa sur del Pacífico, desde Chiloé hasta el estrecho de Magallanes, lo mismo que muchas islas, ofrecen dificultades casi insalvables a los expedicionarios.

con la gran familia fueguina, pero esto ya no es posible continuar haciéndolo, porque existe suficiente material que permite desvincular a los Chonos de los Fueguinos, no menos claramente que de los Mapuches insulares de más al norte.

Por su parte el etnólogo los coloca entre los pueblos canoeros, aunque sin señalar los caracteres que los distinguen de los de Tierra del Fuego y del estrecho de Magallanes. Este impreciso enfoque etnológico ha limitado la comprensión de la cultura de los Chonos, particularmente en el sector espiritual; limitación que ha terminado por sugerir al más reciente descriptor de los pueblos canoeros australes la frase: "On mythology, lore and learning, and etiquette, no information is available"². Esta frase naturalmente de manera alguna debe cerrar el ciclo de estudios sobre los Chonos e inducirnos a considerarlo agotado.

Una visión más amplia y crítica induce a desglosar a este pueblo de la familia fueguina, si bien la demostración exige llevar a fondo la investigación. Al estudiar los pueblos que ocupaban ambas bandas de la Cordillera de los Andes en la región patagónica, no puede dejarse de notar la presencia de los Chonos. Pero así como resulta imposible estudiar los Mapuches patagones y fueguinos sin encontrarse con los Chonos, también se impone la necesidad de tratar cuidadosamente la cronología de cada testimonio para evitar confusiones.

Es posible que en el futuro sea necesario modificar y aun descartar hipótesis que se creían definitivamente probadas. Por lo pronto sabemos que es infundada la pretendida inferioridad cultural de los Chonos, ya que poseemos —si bien fragmentarias— noticias de su antiguo esplendor. Al plantearse la necesidad de una revisión de este problema etnológico, surge la jerarquía científica del mismo. Nuestras fuentes consisten en primer término en las crónicas de la conquista del sur de Chile, expurgadas naturalmente de las fantasías y exageraciones que contienen, y sobre todo interpretadas con el fino sentido comparativo que nos exige la moderna etnología.

I. DIFICULTADES GEOGRÁFICAS, CLIMÁTICAS Y POLÍTICAS. — Aunque el laberinto de islas que forman los archipiélagos de la Patagonia occidental, fueron visitadas con cierta asiduidad desde los primeros tiempos de la conquista por los navegantes y religiosos jesuitas, hasta hoy esta región no ha sido perfectamente explorada. Muchos sitios en los cuales

² COOPER, JOHN M., *The Chono, The Marginal Tribes*, en *Handbook of South American Indians*, tomo I, pág. 54; Washington, 1946.

se sabe que estuvieron refugiados los últimos Chonos permanecen desiertos, y nunca han llegado hasta allí el etnólogo ni el arqueólogo. Algunos de estos antiguos paraderos sólo es posible abordarlos cruzando los pasos de la montaña a gran altura o enfrentando los peligros que ofrece la navegación por los tempestuosos canales occidentales. No es de extrañar que los mapas editados en 1952 ostenten sobre algunos lugares de esta región la leyenda "inexplorado"³.

En el temido golfo de Penas⁴ los expedicionarios de la goleta *Beagle* socorrieron en 1834 a seis marineros desertores de un buque lobero norteamericano que durante trece meses se habían visto obligados a vagar por la costa, sin poder penetrar hacia el interior debido a la aspereza del terreno acantilado y rocoso, y a las intrincadas selvas achaparradas que llegan hasta pocos metros del mar⁵.

Estas dificultades se multiplican, cuando es necesario explorar alguna de las treinta mil islas en que está fragmentada la región desde Chiloé hasta Tierra del Fuego⁶. La vegetación selvosa ofrece el imponente aspecto de los bosques tropicales, saturados de pantanos en los cuales se pudren los troncos de árboles volteados por los recios huracanes que soplan del Pacífico. Vista desde el mar, esta costa es muy semejante a las regiones fueguinas del oeste, pues la muralla rocosa aparece quebrada de tanto en tanto por angostos y profundos canales que llegan al pie de las montañas andinas⁷.

Casi todas las islas despiden restingas, y abundan las roquerías a flor de agua hasta en los sitios que a simple vista parecen abrigados puertos y excelentes refugios. La navegación por estos lugares resulta siempre peligrosa aún hoy, de modo que no debe extrañar que en los tiempos de la vela fueran considerados como los sitios más temidos del

³ Estas leyendas aún aparecen estampadas en los planos editados en 1952, sobre la República Argentina y países limítrofes, por la oficina cartográfica "Ludwing" de Buenos Aires.

⁴ Golfo de Penas es también llamado comúnmente golfo de Peñas, pero como el primer nombre resulta ser más antiguo y el cambio sólo obedece a simples errores de grafía, que por coincidencia también resultan apropiados para denominar tan sombrío rincón del planeta, adoptamos la primera denominación. La extensa explicación que requiere la modificación del topónimo, escapa a la índole de este trabajo.

⁵ FITZ ROY, ROBERT. *Narrative of Surveying Voyages of His Majesty's ships Adventure and Beagle between the years 1826-1836*, vol. II, pág. 371.

⁶ MONS. P. GLACOPINI, *Copitos de Nieve*, en *Geografía de Magallanes*, Chile.

⁷ Algunos canales son tan extensos y tortuosos, que las aguas de las mareas circulan por ellos como si se tratara de grandes ríos, lo cual facilita la navegación de pequeñas embarcaciones, pero en cambio anula todo intento de los buques mayores.

planeta, y que los españoles desistieran de continuar sus exploraciones ante tantas dificultades ⁸.

Durante mucho tiempo, en los pocos viajes que se llevaron a cabo fueron utilizadas las piraguas indígenas, cuya dirección se confiaba a pilotos nativos.

Tres siglos después del descubrimiento, sólo una mínima parte de este semillero de islas figuraba en los mapas, tal como puede comprobarse examinando la carta esférica española del año 1799 ⁹. Tal desconocimiento dio lugar a no pocas leyendas, destacándose entre ellas la de que una borrasca había cerrado la boca del estrecho con una gran roca ¹⁰. Sólo los jesuitas de Chiloé demostraron algún empeño en conocer la región austral, incorporándose a los viajes que anualmente efectuaban los Chonos hacia el sud.

Principal factor negativo de toda exploración resultó siempre el clima, y existe coincidencia absoluta de opiniones para condenarlo como el peor que reina sobre la tierra. Charles R. Darwin dejó esta anotación ¹¹: "En invierno el clima es detestable y en verano sólo un poco mejor. Me inclino a creer que hay pocas partes del mundo dentro de las zonas templadas donde llueva tanto. Soplan vientos tempestuosos y el cielo se presenta casi siempre cubierto de nubes. No se disfruta una semana de buen tiempo sino por milagro". Fitz Roy por su parte ¹²:

⁸ En 1557-1558, el capitán Fernández de Ladrillero se vio obligado a regresar a Valdivia con el buque completamente desmantelado y en compañía de un negro, único sobreviviente de la tripulación. *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. VI, pág. 482.

⁹ De esta carta existe un excelente ejemplar en la Mapoteca de la Biblioteca Mitre. Con anterioridad los conocimientos geográficos eran casi puramente imaginarios, pues el mapa que ilustra la obra original de Thomas Falkner, publicado en Londres en 1772, reduce la península de Taytao a un pronunciado cabo llamado Tres Montes, y falta por completo el golfo de Penas. Sin embargo antes de aparecer esta publicación, los jesuitas habían visitado asiduamente esta región y habían cruzado repetidas veces el istmo de Ofqui. El mapa de Alonso de Ovalle en 1616 está impregnado de errores y sólo delinea en forma más o menos aproximada la isla de Chiloé. El conocido mapa etnográfico del jesuita José Cardiel de 1745 es tanto o más imperfecto que el anterior. En 1772, época de la publicación de Falkner, aparece el notable mapa de Cano y Olmedilla, trazado con gran precisión, y respetando los toponimios asignados por los naturales a una considerable cantidad de accidentes geográficos.

¹⁰ ACOSTA, JOSEPH DE, de la Compañía de Jesús, *Historia Natural y Moral de las Indias*, vol. I, cap. X, pág. 215; Madrid, 1894.

¹¹ DARWIN, CHARLES ROBERT, *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's ships Adventure and Beagle between 1826 and 1836. Describing their examination of the southern shores of South America and the Beagle's circumnavigation of the Globe*, pág. 333, London, 1839.

¹² FITZ ROY, R., loc. cit., tomo II, pág. 370.

“Esta Navidad (año 1834) fue distinta de la anterior; período sombrío; el viento soplaba fortísimo y a nuestro alrededor todo era tético; nuestras perspectivas para el futuro se vieron tristemente alteradas, en terreno empapado por las lluvias y atormentado por las borrascas, desprovisto hasta del interés de la población, pues hasta aquí no habíamos visto rastros, ni oído voces de indígenas”.

Los desertores norteamericanos auxiliados por Fitz Roy en 1834 le informaron que durante todo el año sólo dejó de llover entre el 20 y el 29 de diciembre, y que el viento no amainó en ningún momento¹³. Con anterioridad a estas noticias se registra el dramático informe de Pedro Sarmiento de Gamboa en 1584, cuando intentó colonizar las márgenes del Estrecho¹⁴. En ese mismo lugar —Port Famine—, los británicos de la *Beagle* registraron once días consecutivos de viento huracanado acompañado de copiosas nevazones.

En el año 1946 los etnógrafos franceses Jean Emperaire y Louis Robin, radicados en puerto Edén sobre la costa oriental de la isla Wellington, soportaron treinta y seis días consecutivos de lluvia¹⁵.

También observaron que en invierno, por espacio de dos meses las aguas de muchos canales estuvieron heladas, y que las espesas neblinas impedían todo intento de navegación.

La atmósfera está comúnmente saturada por un porcentaje tan elevado de humedad, que en muchos sitios donde se ha introducido ganado ovino, es corriente ver que sobre los vellones de las ovejas germinan las semillas silvestres. Los días de calma son rarísimos; el sol brilla durante pocas horas del año y la bóveda celeste ofrece el amenazador aspecto de estar incubando una tempestad tras otra, motivo por el cual los buques trafican mar afuera.

Al iniciarse el siglo XIX, el extraordinario auge que tomó la caza de focas, lobos marinos y ballenas, en toda la región austral, atrajo sobre aquellos archipiélagos un verdadero enjambre de buques semi-piratas. Las islas no tardaron en ser invadidas por fugitivos, náufragos, desertores y no pocos foragidos que se dedicaron a la piratería. El negocio de saquear naufragios —llamado *rake*— en la jerga de los

¹³ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo II, pág. 149.

¹⁴ SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO, *Viaje al Estrecho de Magallanes en los años 1579 y 1580, y noticia de la expedición que después hizo para poblarle*; Madrid, 1768 y MORALES, ERNESTO, *Sarmiento de Gamboa, un navegante español del siglo XVI*, pág. 208; Barcelona, 1932.

¹⁵ EMPERAIRE, JEAN, *La revue de Géographie et d'Ethnologie*, N° 1, pág. 85, Enero-Marzo 1946.

loberos —alcanzó cierta prosperidad entre los años 1820 y 1890, debido a la circunstancia que la falta de autoridad y vigilancia permitía a los foragidos actuar a su antojo. Tal es el caso de la malaventurada goleta *Jilguero*, que zarpó del puerto de Ancud el 29 de mayo de 1885 y dos días después fue abordada y hundida por el tristemente célebre Ñancupel¹⁶. Todos los buques que allí actuaban al margen de la ley, lo mismo que en Tierra del Fuego, Patagonia oriental e islas Antárticas, tenían su base de operaciones en puerto Soledad y otros refugios de las islas Malvinas, ocupadas arbitrariamente por los ingleses desde 1832. Cuando se iniciaron las primeras exploraciones sobre las costas de Tierra del Fuego, estos buques constituían todavía un peligro, y prueba de ello es que nuestro compatriota el comandante don Luis Piedrabuena en más de una oportunidad debió rechazarlos a cañonazos¹⁷. La ruta del mar resultaba impracticable para los hombre de ciencia frente a estos peligros e inconvenientes, que perduraron hasta las postrimerías del siglo pasado.

Por tierra las dificultades no eran menores. El perito Francisco P. Moreno, empeñoso explorador de nuestro territorio, al acercarse a las viejas rutas por las cuales habían trajinado los jesuitas entre Chiloé y el Nahuel Huapí, cayó prisionero en manos del cacique manzanero Sayweke, convertido entonces en amo y señor de aquellas regiones. Todos los boquetes cordilleranos que permitían el acceso hacia la región del Pacífico donde aún vivían algunos grupos de Chonos, quedaban cerrados por los indómitos lanceros araucanos, que vigilaban celosamente sus aduares. Cuando los Mapuches depusieron las armas al finalizar el siglo XIX, época en que simultáneamente decayó la caza de lobos y focas, apenas entonces fue posible alcanzar los viejos paraderos de las islas, y llegar al golfo de Penas, donde se habían refugiado los últimos grupos de nativos, pero lamentablemente no se les prestó ninguna atención.

Algunos concesionarios de las explotaciones forestales trajeron Chonos del sud para trabajar en los obrajes en calidad de hacheros, pero esta actividad terminó por desbandar la última tribu que vivía al sud de Taytao. Los últimos fogueros continuaron la costumbre de emplear pilotos nativos en sus expediciones, a fin de que los guiaran por las roquerías y los canales, pero tales marinos si fracasaban en el

¹⁶ CAVADA, FRANCISCO J., *Nafragios y Comentarios*, pág. 367.

¹⁷ RATTO, HÉCTOR R., *Hombres de mar en la Historia Argentina*, pág. 367.

negocio, no tenían escrúpulos en abandonarlos en cualquier parte muy lejos del hogar y de sus familias. Los pocos Chonos adultos que quedaban, fueron dispersados y abandonados en los lugares más remotos, si es que en realidad no sufrieron una suerte peor. Cuando los buques de la armada chilena comenzaron a inspeccionar la región con el objeto de actualizar las viejas cartas y mapas de Fitz Roy, ya casi no quedaban Chonos en estado natural, según se deduce del informe que proporcionó el comandante de la corbeta *Chacabuco* ¹⁸.

Todas estas dificultades retardaron la exploración de las islas occidentales, que sólo comenzaron a ser visitadas en las primeras décadas del presente siglo, motivo por el cual los informes científicos son en su casi totalidad de muy reciente data.

II. DIFICULTADES CLASIFICATORIAS. NOMBRES GENTILICIOS Y DE GRUPO. EL NOMBRE FUEGUINO. — La identificación de las diversas tribus australes, en modo especial las del conjunto canoero, resulta bastante oscura en todos los relatos antiguos, dado que hasta el año 1834 los cartógrafos tenían grandes dificultades para establecer el lugar preciso de donde procedían las informaciones ¹⁹. El ligero conocimiento y el trato superficial que se mantenía con los nativos, impidió asignar la denominación de sus grupos con justeza, dando lugar a extraordinario número de rectificaciones posteriores. Unas veces se los bautizaba con la palabra que más insistentemente se les oía pronunciar, y otras con el adjetivo, casi siempre despectivo, que les endosaban sus vecinos. Algunos exploradores y viajeros, en su afán de adquirir celebridad presentando en Europa novedosos descubrimientos, no titubeaban en asignar nombres nuevos a tribus ya conocidas desde los primeros tiempos de la conquista. En otros casos lo harían por ignorar los antecedentes, o porque pretendían desconocer políticamente descubrimientos anteriores. Durante tres siglos fueron acumulándose denominaciones en varios idiomas, pero todas ellas, salvo una excepción —que es la de los Chonos— desaparecieron en ocasión del viaje siguiente.

Los Yámanas fueron descubiertos y distinguidos con el nombre de Tekeenica por la expedición holandesa del almirante Jacques L'Her-

¹⁸ SIMPSON, ENRIQUE M., *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXXIX, pág. 131. En la época del viaje de este marino en la corbeta *Chacabuco* aún sobrevivían algunas familias de Chonos, que vagabundeaban miserablemente por los canales.

¹⁹ Recién a partir de los viajes de la goleta *Beagle*, es posible asignar en forma aproximada los límites de estas agrupaciones.

mitte, que los vio en bahía Nassau en el año 1624²⁰. Posteriormente Fitz Roy adoptó aquella vieja y primitiva denominación junto con el nombre "yapoo" que les daban sus vecinos los Alakalufes²¹. Al promediar el siglo pasado los misioneros de la Patagonia Missionary Society popularizaron el vocablo *yagán*, reducción de Yahgashagan nombre que los nativos daban al actual paso Murray, pequeño estrecho que separa las islas Hoste y Navarino, en la mitad del canal Beagle²². Las actividades de los religiosos británicos adquirieron gran resonancia a partir del año 1852, cuando se conoció el trágico fin de Allen F. Gardiner, primer secretario y principal animador de aquella filantrópica institución²³. Desde entonces el vocablo *yagán* quedó afirmado y ha persistido hasta nosotros.

Los naturales sin embargo llamaban al hombre de su raza *yámana*, y ésta es la palabra que hoy prefieren los hombres de ciencia. Los expedicionarios de la goleta *Beagle* pudieron confirmar por medio de un nativo que llevaron a Inglaterra la existencia de dos subdivisiones: la del sud, llamada efectivamente *Tekeenika*, y la del canal Beagle y parte este de los archipiélagos, llamada *Keenaka*²⁴. Literalmente, estas voces significan 'gente del sud' y 'gente del norte'.

Thomas Falkner, agudo observador de las obras de los primeros viajeros, no alcanzó a identificar con precisión a estos aborígenes, pero tuvo ciertamente algún conocimiento de su existencia, por conducto de los Tehuelches que en las márgenes del Estrecho traficaban con los Alakalufes. A pesar de ello el nombre Tekeenika, aún era empleado a fines del siglo pasado, tal como puede comprobarse en la obra de nuestro explorador don Ramón Lista²⁵.

A su vez los Yámanas designaban a los Selknam con el nombre

²⁰ WALBEECK, JOHANNES VAN, *Journal van de Nassausche vloot...*; Amsterdam, 1643. Estos expedicionarios dicen que los indígenas atacaron un bote que había sido despachado hacia la costa, y luego de asesinar a los tripulantes se los comieron en parte.

RATTO, HÉCTOR R., loc. cit., pág. 20, atribuye el descubrimiento del canal Beagle a una nave de Alonso de Camargo en 1540, diciendo que invernaó en una bahía de aquel lugar. Pero en este caso no existen referencias sobre sus habitantes, ni se proporcionan otros detalles de interés.

²¹ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 206.

²² BRIDGES, TOMÁS REV., *El confín sur de la República; La Tierra del Fuego y sus habitantes*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo VII, 1886 y en loc. cit., *La Tierra del Fuego y sus habitantes*, tomo XIV, 1893.

²³ CANOLINI, ARNOLDO, *Hasta lo último de la Tierra*, Buenos Aires, 1951.

²⁴ FITZ ROY, R., loc. cit. vol. II, pág. 206.

²⁵ LISTA, RAMÓN, *Viaje al País de Los Onas; FOUURLONG, GUILLERMÓ S. J., Entre los Tehuelches de la Patagonia*, cap., *Los pueblos indígenas, según Cardiel*.

de *onas*²⁶, apócope de Onasahga, y a los indios pedestres de la parte oriental de la isla Grande los llamaban Haush, palabra que significa 'alga', porque estos indígenas en invierno efectivamente comían algas marinas, cuando el hambre los apremiaba. *Onaisín* era el nombre que los Yámanas daban a Tierra del Fuego, por lo menos a la costa del canal Beagle. A sus vecinos del oeste los denominaban *Alikudip*, que quiere decir 'comedores de lapas' o de mejillones. Las terminaciones *neka* o *nika* pertenecen al patrimonio lingüístico de los Yámanas y significan 'gente'.

En cuanto a los Alakalufes, difícilmente existe en América otra agrupación aborígen que haya recibido tantos nombres, como este conjunto de canoeros. Los primeros viajeros desde Magallanes en 1520 hasta Sebald de Weert y Simón Cordes en 1598, aun cuando los vieron y los trataron, en ningún caso registraron sus nombres.

En 1599 Oliver Van Noort, con ayuda de un intérprete anota los nombres de *Enoo*, *Kemmetes*, *Karaiko* y *Kenneka*, desvinculándose por primera vez de los ya por entonces famosos gigantes patagones, a quienes llama *Tiremenen*²⁷. Desde entonces, cada viajero que transitaba por el Estrecho, al mencionarlos alteraba su grafía.

En 1616, a raíz del viaje de los hermanos Bartolomé García y Gonzalo de Nodal, hace su aparición en los libros el vocablo *Pecheri*²⁸. En el año 1688, el corsario Jean de la Gilbaudière registra nuevos nombres, que su compatriota Beauchesne Gouin confirma once después, en 1699, denominando *Laguediche* a los canoeros orientales del Estrecho y *Aveguediche* a los occidentales²⁹, gentilicios que no han merecido sobrevivir por el hecho que la terminación *che* 'gente', no pertenece al patrimonio lingüístico de los canoeros, sino al de los indios continentales. El nombre *Peceraí*, en cambio, recibió nuevos aportes, ratificándolo en 1766 De Bougainville, que mantuvo asiduos tratos con los insulares del Estrecho; en 1785 volvió a registrarlo el capitán español Antonio de Córdoba³⁰. Desde esta última fecha, y a raíz de las incursiones de los buques loberos, comenzó a conocerse el nombre Ala-

²⁶ ROJAS, RICARDO, *Archipiélago*, pág. 53.

²⁷ DE BROSSE, CHARLES, *Histoire des navigations aux terres australes*, tomo I, pág. 298.

²⁸ DE BROSSE, CHARLES, loc. cit., tomo I, pág. 421.

²⁹ DE BROSSE, CHARLES, loc. cit., tomo II, pág. 120.

³⁰ VARGAS Y PONCE, JOSÉ, *Relación del Último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. "Santa Marta de la Cabeza"* en los años 1785 y 1786; Madrid, 1788.

kaluf, por conducto de los Yámanas. En 1826 los británicos anotaron en sus obras el vocablo *Alikhoolip* asignado a una tribu de los archipiélagos occidentales de Tierra del Fuego, calculada en cuatrocientos individuos ³¹. Desde 1853 el término fue adoptado definitivamente en Punta Arenas por los misioneros, que lo divulgaron en sus obras. A partir del año 1924, esta palabra sufre una nueva modificación por parte de Martín Gusinde, que en sus obras la transforma en Halakwulup ³². Hasta esta fecha había empleado la forma adoptada por el profesor Hyades en 1882, es decir Alakaluf, no muy distinta de la popularizada por los salesianos de Punta Arenas. Descartando las antojadizas denominaciones impuestas por los navegantes franceses del siglo xvii, se llega a la conclusión que los llamados Pecherai, son los Enoo de Van Nort, mientras los Alakalufes son los insulares que aquel mismo navegante denominó Karaike. Posteriores investigaciones han confirmado los términos registrados por Van Nort. Al grupo Enuke sabemos por ejemplo que perteneció el famoso doctor Enrique, un fueguino radicado entre los Tehuelches del río Santa Cruz, y que durante muchos años vivió en el paraje llamado Monte Entrance, en los toldos del paisano Coronel, donde adquirió fama como brujo ³³. Ambos son frecuentemente mencionados por los viajeros, igual que la bruja Ateche citada por Francisco P. Moreno. Procedía esta mujer de las islas occidentales de Tierra del Fuego, y ella misma repetía que pertenecía a la tribu Karaike. Fue abandonada al promediar el siglo pasado en la costa de Santa Cruz por una goleta lobera. El doctor Enrique vivía desde joven entre los Tehuelches, al parecer en calidad de rehén, ya en una época anterior a la fundación de Punta Arenas, según el testimonio de quienes los conocieron personalmente.

A estos dos grupos Alakálufes es necesario añadir un tercero, conocido vagamente con el nombre de *Poyke* o *Poyuke*, palabra que quiere decir gente del oeste. En la época de Falkner, este grupo aún debía ser numeroso, ya que su situación coincide con la que asigna a los *Pey-yes* o *Poy-yus*, colocándolos entre los *Key-uhue* o *Key-yus* que son

³¹ FITZ ROY, R., loc. cit. vol. II, pág. 133.

³² GUSINDE, MARTIN, *Die Feuerland Indianer*, tomos I, II, III; Viena, 1931-1939.

³³ Estas noticias y las subsiguientes fueron proporcionadas por don Saturnino García, poblador de la isla Pavón en el río Santa Cruz, desde 1875. En 1882 realizó un viaje al seno Última Esperanza y en 1895 visitó la región del Aysen, donde conoció personalmente algunos Chonos.

los Karaike y los Chonos³⁴. La terminación *ke*, propia de los Alakalufes quiere decir 'gente'. Los nombres de los respectivos dialectos eran: *karakeme* para los Alakalufes occidentales y del Estrecho y *kawuko* para los Poyke. A sus vecinos Yámanas los identificaban con el nombre de *keeycsunake*, que significa 'otra gente del este'; a los Selknam los llamaban *konkucsuka*, y a los Tehuelches del Estrecho lo mismo que a los indios occidentales de las hoyas Skyrting y Otway, *sketistar*, dando el nombre de *konuke* a los Chonos que llegaban a la boca occidental del Estrecho. El hombre de su raza entre las agrupaciones Alakalufes era *keey*³⁵.

A partir del año 1824, tanto en Europa como en América, se popularizó el nombre de Fueguinos, que por primera vez empleara para identificarlos el célebre explorador británico James Wedell³⁶. Esta denominación asignada originariamente a los Yámanas, se extendió rápidamente a todo el conjunto de indios australes, incluyendo a los Selknam, cazadores pedestres, y a los Chonos, que no obstante vivían tan alejados como desvinculados de los habitantes de Tierra del Fuego. Wedell no establece discriminaciones, como tampoco lo hace su capitán Mateo Brisbane, que en repetidos naufragios se vio obligado a luchar tanto con los Selknam como con los Alakalufes, en ambas costas de la isla Grande³⁷.

Los Onas o Selknam, sólo en el año 1886 fueron perfectamente identificados por Ramón Lista, pues hasta ese entonces se los había conocido vagamente como habitantes de la región fueguina³⁸.

El primer viajero que los vio fue Pedro Sarmiento de Gamboa, sobre la costa sud del Estrecho, en una bahía que bautizó con el nombre de Gente Grande, en el año 1581. Desde entonces, no es posible identificarlos en ninguna otra crónica, hasta el naufragio (1764) del navío *Purísima Concepción* que iba al Callao por la ruta del Cabo de Hornos. Al encallar el buque en la caleta Falso Policarpo, aparecieron los indígenas, que felizmente ayudaron a los desventurados náufragos en

³⁴ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 130.

³⁵ Estas informaciones fueron proporcionadas por el fueguino llamado Dr. Enrique a nuestro informante don Saturnino García.

³⁶ WEDDELL, JAMES, *A voyage towards the South Pole performed in the 1822 and 1824*, pág. 153.

³⁷ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 332, *Naufragio de Brisbane*.

³⁸ LISTA, RAMÓN, loc. cit. Con anterioridad al viaje de Lista, había sido explorada de isla Grande en 1879 por el teniente de la marina de guerra chilena Ramón Serrano Montaner, que la cruzó desde bahía Inútil a la costa Atlántica, y por el Ing. Julio Popper, pocos meses antes que nuestro compatriota.

muchos menesteres, mientras se construía una nueva embarcación. Estos indios iban a pie, envueltos en pieles, y carecían de canoas, pues ni una sola apareció en las inmediaciones. Luego de este acontecimiento, que tampoco dejó claramente establecida su identidad, no vuelven a ser mencionados hasta el año 1826, época en que los cita en su diario de navegación Mateo Brisbane —capitán de Wedell— al naufragar sobre la costa oriental de Tierra del Fuego, y casi inmediatamente lo hace el capitán Fitz Roy, advirtiéndole que son muy distintos de los indios de canoa. Ya por entonces los loberos habían comenzado a llamar canoeros a los navegantes para diferenciarlos de los indios que recorrían, a pie o montados, ambas márgenes del Estrecho.

Desconociendo esta distinción relativamente antigua, confirmada luego por el estudio de los bienes materiales, las costumbres y la propia conformación corpórea de las dos agrupaciones de indígenas australes, ha habido últimamente autores que tienden a exagerar el alcance de la calificación de *fueguinos*, extendiéndolo a otros campos que no corresponde. Es realmente asombroso que el más reciente de ellos, Martín Gusinde, clasifique en el último grupo de sus *fueguinos* al Ona cazador y pedestre y al Alakaluf y al Yámana pescadores y canoeros, olvidando por otra parte que el Ona es un verdadero patagón por todos sus caracteres raciales, y que el idioma que habla es un hermano del Aónikenk de Santa Cruz.

Para devolver la deseada propiedad a esta maltratada nomenclatura, ha sido suficiente establecer que *fueguino* es un término de aplicación geográfica, que se extiende a todos los habitantes de Tierra del Fuego, cualquiera sea su raza y su cultura material. Con el fin de indicar correctamente la repartición por raza el profesor Imbelloni³⁹ ha creado desde varios lustros (1938) el término *Fuéguidos*, que en las regiones australes comprende a los dos grupos Yámana y Alakaluf, mientras el Ona se clasifica entre los *Pámpidos*, agrupación terrestre muy extensa, que reúne a los Patagones y Chaqueños en la Argentina y a los lejanos Bororos en Brasil.

III. LOS PUEBLOS DE FUEGOPATAGONIA. DIFICULTADES PARA FIJAR EL LÍMITE DE SU 'HABITAT'. — En la ya copiosa literatura que trata sobre los canoeros australes, la incógnita de sus fronteras ha sido encarada repetidas veces con criterios etnológicos, raciológicos, lingüísticos e

³⁹ IMBELLONI, JOSÉ, *Fuéguidos y Láguídos*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, tomo XXXIX, pág. 79.

históricos, pero es necesario señalar que aún resulta imposible establecer trazos definitivos. Relativamente ha resultado de menor dificultad fijar los límites territoriales aproximados del grupo más meridional; en cambio muy poco se ha conseguido aclarar en la dilatada zona occidental de la Patagonia. El arraigado hábito ambulatorio de todos estos pueblos es un factor que conspira contra los empeños de quienes fundaron sus búsquedas únicamente en las investigaciones históricas y lingüísticas. Aun en las zonas donde más se ha trabajado, aparecen vestigios comprometedores, que reclaman nuevos y diligentes enfoques. Puede decirse que el mapa etnográfico austral ha sido objeto de constantes modificaciones hasta los días actuales, ya que cada investigador sustenta una hipótesis distinta y corrige las fronteras trazadas por sus antecesores.

Las fronteras que ocupaban en tiempos históricos, sin insistir en detalles, pueden fijarse en forma más o menos aproximada, recurriendo a los muchos documentos que nos dejaron descubridores, exploradores y viajeros. El examen de esta montaña de papeles permite asegurar que la distribución de los canoeros no sufre modificaciones notables desde el año 1520 hasta promediar el siglo XIX. En esta época se produce gran confusión de opiniones e hipótesis, que en la actualidad deseamos todos ver dominada mediante el procedimiento de la crítica.

1) *Límite de los canoeros meridionales y del Estrecho.*

Los Yámana, según se ha establecido, ocupaban la parte extrema de Tierra del Fuego e islas adyacente, hasta el cabo de Hornos. Nunca pasaban al oeste de estas roquerías, posiblemente por el temor que les inspiraban sus vecinos, o, lo que también es probable, porque los contenía la formidable reventazón del Pacífico. En la parte norte ocupaban ambas márgenes del Beagle desde paso Murray hasta cabo San Pío. No ha sido posible comprobar en forma fehaciente que llegaran a las riberas del estrecho de Lemaire y costas de la isla de los Estrechos⁴⁰. La frontera norte del canal Beagle era violada constantemente por los Indios pedestres que en sus incursiones lo cruzaban hasta las islas Hoste

⁴⁰ FITZ ROY, R., loc. cit., pág. 364. Este explorador dice textualmente: "Se han encontrado wigwans —chozas— fueguinos en la Isla de los Estados y en la Isla Noir, cada una de las cuales está tan apartada como El Socorro de las costas vecinas". Ninguna otra expedición menciona el hallazgo de restos humanos o de sus industrias en tan apartado lugar.

y Navarino⁴¹. Por los datos que proporciona el capitán Fitz Roy, en 1834, la frontera occidental llegaba por el canal Beagle hasta la isla del Diablo. Pero cincuenta años más tarde, en 1882, Hyades comprobó que los Yámana habían modificado su *habitat*, corriéndose hacia el oeste y abandonando sus paraderos orientales⁴². Los canoeros del Estrecho, los primeros que fueron vistos por las expediciones descubridoras, también modificaron sus fronteras, según se deduce del examen de las primeras crónicas. Si bien no existen constancias de que efectivamente los viera Magallanes en 1520, en cambio la expedición de Loayza en 1526 los halló en las vecindades del océano Atlántico, lo mismo que Alcázaba en 1536⁴³. Pero desde el año 1580, época del viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa, no existen testimonios de que avanzaran más allá del límite de los bosques que empiezan en cabo Negro e isla Elizabeth. Antes del descubrimiento, esta frontera ecológica no había sido violada por los Patagones del sud, pero luego se extendieron hasta puerto de Hambre, en las vecindades de la actual Punta Arenas, donde Sarmiento de Gamboa sostuvo algunas escaramuzas con ellos. Ya en esa fecha los Patagones poseían caballos y frecuentaban asiduamente las orillas del Estrecho siguiendo los buques que penetraban en aquel canal⁴⁴. Por el oeste los Alakalufes navegaban mar afuera hasta la lejana isla Noir,

⁴¹ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo II, pág. 205. Dice así el respectivo párrafo: "Estos invasores suelen bajar entonces hasta los bordes del Canal Beagle en partidas de 50 a 100 individuos; se apoderan de las canoas pertenecientes a la división Yapoo de la tribu Tekeenica, se cruzan a la isla Navarino y a veces de allí a otras persiguiendo en todas direcciones a los tekeenicas, más débiles y más inferiores".

⁴² HYADES, PAUL, *Anuario Hidrográfico de Chile*, tomo XI, pág. 479, *Un año en el Cabo de Hornos*.

FITZ ROY, R., loc. cit., tomo I, pág. 441, dice sobre este particular, en la región donde el brazo norte y el sur se unen para formar el canal de Beagle: "No se avistaron indígenas, a pesar de pasarse algunos wigwams de los de tope redondo. El más occidental de los de tope puntiagudo, o wigwam de los Yapoo, estaba en tierra firme, junto a la Isla del Diablo, y se componía de arbolitos apilados en círculo (sin ramas ni raíces), con los extremos unidos en el tope. La gente del bote decía que había sido una casa de reunión y quizás no estuvieran muy errados; pues siendo tan grande y estando en terreno que podría llamarse neutral entre las dos tribus, no es improbable que se haya celebrado allí más de un parlamento o más de un combate acaso".

⁴³ LOAYZA, GARCÍA JOFEE, FRAY, *Crónica de las Indias Occidentales*, en FERNÁNDEZ DE OTEDO, GONZALO, libro X, fol. XI.

⁴⁴ El caballo fue introducido en las llanuras argentinas en 1526, por Pedro de Mendoza, y pocos años después cayó en manos de los aborígenes. Si bien en el año 1578, Francis Drake observó que los Tehuelches en San Julián, aún cazaban a pie y carecían de caballos, dos años más tarde en 1580, ya había llegado a las orillas del Estrecho.

tal como lo pudieron comprobar los británicos de la goleta *Beagle* ⁴⁵. Hacia el norte los límites que se les asignan son extraordinariamente elásticos, pues algunos autores los extienden hasta el golfo de Penas y otros los limitan al archipiélago Madre de Dios y golfo Trinidad ⁴⁶.

Por nuestra parte confesamos que no hemos podido hallar constancias históricas que identifiquen a los Alakalufes más al norte de cabo Pilar antes de 1850, pues todas las noticias de mayor dispersión aluden a hechos meramente accidentales.

2) *Los posibles Patagones.*

Al considerar los grupos indígenas radicados en la parte sudoccidental de la Patagonia, reviste capital importancia lo afirmado por el capitán R. Fitz Roy ⁴⁷: "Tanto los Tehuelhets, como los Vuta-huiliches, vivían al sud de los 40° de latitud. Una rama o tribu de los Tehuelhets, que vivían más al sud, en el lado oriental, carecían de caballos y eran denominados Yacana-kunny (gente de a pie). Al occidente de ellos, separados por una cadena de montañas, estaba la tribu de los Key-uhue, Key-yus o Key-yes, y al norte los Sehuau-kunny. Falkner en su relación confunde los hábitos de los Yacana-Kunny con los de los Key-uhue, lo cual no debe extrañarse, ya que estas tribus las describe tan sólo por informes de terceros. Los Key-uhue no tienen boleadoras, ni avestruces (Falkner, pág. 111) en sus islas desgarradas y tempestuosas, ni los Yacana-Kunny, pues viven principalmente de la pesca. Los primeros, sí, viven de la pesca, mientras que los últimos cazan guanacos, aves y lobos marinos". En nota puesta al pie de página, aclara que los Sehuau-kunny son parte de los Tehuelches o Patagones. Sobre este particular existen suficientes elementos de juicio en la misma obra de Fitz Roy, como para identificar a los Yacana-kunny con los Selknam de Tierra del Fuego, mientras los Sehuau-kunny resultan ser los Sewa-kenk, componentes de la cuarta subdivisión tehuelche, tal como este mismo autor lo advierte al ocuparse de los Patagones.

⁴⁵ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo I, pág. 387. Refiriendo su visita a la isla Noir, dice: "Lo más raro fue hallar rastros de fueguinos (un wigwam, etc.), lo cual muestra hasta qué distancias se aventuran en sus canoas".

⁴⁶ COOPER, JOHN M., loc. cit., vol. I, pág. 15. En este mapa etnográfico los límites alakalufes se extienden hasta el golfo de Penas, tal como ya anteriormente lo había hecho Martín Gusinde en 1939. En cambio HAMMERLY DUPUY, DANIEL, en *Ciencia e Investigación*, rev. N° 12, diciembre 1947, pág. 494, reduce considerablemente estos límites. Sobre el particular ver *Buna*, vol. V, pág. 134-170, año 1952, por el mismo autor.

⁴⁷ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 130.

y Navarino ⁴¹. Por los datos que proporciona el capitán Fitz Roy, en 1834, la frontera occidental llegaba por el canal Beagle hasta la isla del Diablo. Pero cincuenta años más tarde, en 1882, Hyades comprobó que los Yámana habían modificado su *habitat*, corriéndose hacia el oeste y abandonando sus paraderos orientales ⁴². Los canoeros del Estrecho, los primeros que fueron vistos por las expediciones descubridoras, también modificaron sus fronteras, según se deduce del examen de las primeras crónicas. Si bien no existen constancias de que efectivamente los viera Magallanes en 1520, en cambio la expedición de Loayza en 1526 los halló en las vecindades del océano Atlántico, lo mismo que Alcázaba en 1536 ⁴³. Pero desde el año 1580, época del viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa, no existen testimonios de que avanzaran más allá del límite de los bosques que empiezan en cabo Negro e isla Elizabeth. Antes del descubrimiento, esta frontera ecológica no había sido violada por los Patagones del sud, pero luego se extendieron hasta puerto de Hambre, en las vecindades de la actual Punta Arenas, donde Sarmiento de Gamboa sostuvo algunas escaramuzas con ellos. Ya en esa fecha los Patagones poseían caballos y frecuentaban asiduamente las orillas del Estrecho siguiendo los buques que penetraban en aquel canal ⁴⁴. Por el oeste los Alakalufes navegaban mar afuera hasta la lejana isla Noir,

⁴¹ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo II, pág. 205. Dice así el respectivo párrafo: "Estos invasores suelen bajar entonces hasta los bordes del Canal Beagle en partidas de 50 a 100 individuos; se apoderan de las canoas pertenecientes a la división Yapoo de la tribu Tekeenica, se cruzan a la isla Navarino y a veces de allí a otras persiguiendo en todas direcciones a los tekeenicas, más débiles y más inferiores".

⁴² HYADES, PAUL, *Anuario Hidrográfico de Chile*, tomo XI, pág. 479, *Un año en el Cabo de Hornos*.

FITZ ROY, R., loc. cit., tomo I, pág. 441, dice sobre este particular, en la región donde el brazo norte y el sur se unen para formar el canal de Beagle: "No se avistaron indígenas, a pesar de pasarse algunos wigwams de los de tope redondo. El más occidental de los de tope puntiagudo, o wigwam de los Yapoo, estaba en tierra firme, junto a la Isla del Diablo, y se componía de arbolitos apilados en círculo (sin ramas ni raíces), con los extremos unidos en el tope. La gente del bote decía que había sido una casa de reunión y quizás no estuvieran muy errados; pues siendo tan grande y estando en terreno que podría llamarse neutral entre las dos tribus, no es improbable que se haya celebrado allí más de un parlamento o más de un combate acaso".

⁴³ LOAYZA, GARCÍA JOFRE, FRAY, *Crónica de las Indias Occidentales*, en FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO, libro X, fol. XI.

⁴⁴ El caballo fue introducido en las llanuras argentinas en 1526, por Pedro de Mendoza, y pocos años después cayó en manos de los aborígenes. Si bien en el año 1578, Francis Drake observó que los Tehuelches en San Julián, aún cazaban a pie y carecían de caballos, dos años más tarde en 1580, ya había llegado a las orillas del Estrecho.

tal como lo pudieron comprobar los británicos de la goleta *Beagle* ⁴⁵. Hacia el norte los límites que se les asignan son extraordinariamente elásticos, pues algunos autores los extienden hasta el golfo de Penas y otros los limitan al archipiélago Madre de Dios y golfo Trinidad ⁴⁶.

Por nuestra parte confesamos que no hemos podido hallar constancias históricas que identifiquen a los Alakalufes más al norte de cabo Pilar antes de 1850, pues todas las noticias de mayor dispersión aluden a hechos meramente accidentales.

2) *Los posibles Patagones.*

Al considerar los grupos indígenas radicados en la parte sudoccidental de la Patagonia, reviste capital importancia lo afirmado por el capitán R. Fitz Roy ⁴⁷: "Tanto los Tehuel-hets, como los Vuta-huiliches, vivían al sud de los 40° de latitud. Una rama o tribu de los Tehuel-hets, que vivían más al sud, en el lado oriental, carecían de caballos y eran denominados Yacana-kunny (gente de a pie). Al occidente de ellos, separados por una cadena de montañas, estaba la tribu de los Key-uhue, Key-yus o Key-yes, y al norte los Sehuau-kunny. Falkner en su relación confunde los hábitos de los Yacana-Kunny con los de los Key-uhue, lo cual no debe extrañarse, ya que estas tribus las describe tan sólo por informes de terceros. Los Key-uhue no tienen boleadoras, ni avestruces (Falkner, pág. 111) en sus islas desgarradas y tempestuosas, ni los Yacana-Kunny, pues viven principalmente de la pesca. Los primeros, sí, viven de la pesca, mientras que los últimos cazan guanacos, aves y lobos marinos". En nota puesta al pie de página, aclara que los Sehuau-kunny son parte de los Tehuelches o Patagones. Sobre este particular existen suficientes elementos de juicio en la misma obra de Fitz Roy, como para identificar a los Yacana-kunny con los Selknam de Tierra del Fuego, mientras los Sehuau-kunny resultan ser los Sewa-kenk, componentes de la cuarta subdivisión tehuelche, tal como este mismo autor lo advierte al ocuparse de los Patagones.

⁴⁵ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo I, pág. 387. Refiriendo su visita a la isla Noir, dice: "Lo más raro fue hallar rastros de fueguinos (un wigwam, etc.), lo cual muestra hasta qué distancias se aventuran en sus canoas".

⁴⁶ COOPER, JOHN M., loc. cit., vol. I, pág. 15. En este mapa etnográfico los límites alakalufes se extienden hasta el golfo de Penas, tal como ya anteriormente lo había hecho Martín Gusinde en 1939. En cambio HAMMERLY DUPUY, DANIEL, en *Ciencia e Investigación*, rev. N° 12, diciembre 1947, pág. 494, reduce considerablemente estos límites. Sobre el particular ver *Buna*, vol. V, pág. 134-170, año 1952, por el mismo autor.

⁴⁷ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 130.

Estas tribus, por imperio de la necesidad, durante la época invernal, habíanse adaptado parcialmente a la vida costera, recolectando mariscos y cazando lobos marinos, pero durante el resto del año ejercitaban la vida de los auténticos cazadores⁴⁸. Refiriéndose a ellos Fitz Roy añade⁴⁹: “Los que hasta ahora he denominado huemules y que viven cerca de los golfos Otway y Skyring, parecen ser raza algo mezclada, parecida a los Yacanas, de cuya tribu son probablemente una rama”.

Otros observadores, como el capitán Williams Low, un veterano lobero que colaboró con los hombres de la *Beagle*, comprobó durante sus viajes que en las márgenes de dichos canales había “indios jinetes y de canoa”⁵⁰.

3) Otros canoeros occidentales.

Los habitantes de los senos interiores que se extienden desde la península Muñoz Camero, estrecho Lord Nelson, canal Smyth y Los Evangelistas hasta cabo San Román al norte de la isla Wellington, son llamados canoeros e incluidos en el conjunto fueguino, por la razón que empleaban embarcaciones para movilizarse y consumían alimentos marinos. El *habitat* de estos grupos es tan extenso como el territorio alakaluf, y geográficamente ofrece similares perspectivas, al igual que el clima. El espacio comprendido entre la zona norte del canal Messier y el Ancon sin salida situado en la entrada del seno Ultima Esperanza, formaba una zona de correrías anuales y expediciones en procura de alimento. A diferencia de los auténticos canoeros, estas tribus no se desplazaban sobre las costas del mar abierto, limitando sus incursiones y viajes a los canales interiores. Por el oeste limitaban con las montañas andinas, las cuales a partir del seno Ultima Esperanza resultan infranqueables. Hacia el este asomaban sus rústicas embarcaciones sobre el golfo de los Evangelistas, en la época favorable para cazar lobos marinos⁵¹. Estos mismos indígenas remontaban la costa interior de la isla Wellington hasta las islas Waianeco, y pasaban desde el continente

⁴⁸ Las costumbres de los cazadores son tan típicas, que los Onas o Selkman, cazadores fueguinos, convertidos en ictiófagos y recolectores por imperio de la necesidad, pescaban a flechazos en los remansos de las playas, tal como lo documenta el Ing. Carlos E. Gallardo en *Los Onas*, pág. 186.

⁴⁹ FITZ ROY, B., loc. cit., vol. II, pág. 141.

⁵⁰ FITZ ROY, B., loc. cit., pág. 171.

⁵¹ PIETAS, GERÓNIMO, *Noticia sobre las costumbres de los Araucanos*, en CLAUDIO GAY, *Historia Física y Política de Chile*, pág. 502; París, 1846.

por el tradicional paso situado al sur de puerto Eden, el que figura en algunos mapas con el nombre de paso de los Indios⁵². Desde muy antiguo existen constancias de que estas tribus eran simplemente grupos de Patagones llamados *Kaukawe*, por Frezier de Veá y por el sargento mayor Bartolomé Díez Gallardo y Andrade. Este último explorador dice⁵³, “advíertase que estos Indios *coucaues* son los llamados gigantes por ser hombres de estatura más de la ordinaria”. Su crónica se refiere a los indios vistos en la embocadura norte del canal Messier los cuales traficaban con los Chonos; a la llegada de los españoles se fugaron a su tierra.

Hasta el presente las opiniones han oscilado como un péndulo, adjudicando alternativamente esta región a los Alakalufes o a los Chonos, según los autores tuviesen la base de su investigación en el sud o en el norte. Actualmente las últimas investigaciones anticipan un giro inesperado hacia la esfera de los cazadores, tal como en su momento ocurrió con los Selknam de Tierra del Fuego⁵⁴. De todos modos, hoy existen suficientes elementos de juicio como para contener la frontera alakaluf y fijarla en la boca occidental del estrecho de Magallanes.

4) *Límites de los Chonos.*

Estos tan descuidados integrantes de la frondosa rama de los canoeros australes, ocupaban todo el extenso litoral que se extiende desde cabo Quillagua, situado en la parte continental al norte de Chiloé hasta la embocadura del canal Messier y el cabo San Román en la isla Wellington⁵⁵.

Su área territorial no rebasaba las islas Waianeco en el sur, pero está probado que extendían sus correrías anualmente hasta las islas Madre de Dios y aun se sospecha que incursionaban hacia el interior de esta última región.

Pruebas de ello las aporta el capitán Low, que embarcó un indio

⁵² *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. XI, pág. 197.

⁵³ *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. XI, pág. 531. DE VEA, ANTONIO E IRIARTE, PASCUAL, *Colección de Documentos para la Historia de los Viajes*, tomo I, pág. 53, I Edic. Instituto Histórico de Marina; Madrid, 1943.

⁵⁴ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 119. Este explorador fue quien dió el nombre de Onas a los Selkman, denominándolos “oens-men”, según le informaron tres fueguinos —un Yámana y dos Alakaluges— que llevaba a bordo.

⁵⁵ HAMMERLY DUPUY, DANIEL, loc. cit., pág. 497. Este autor desplaza los Chonos hacia la esfera de los Patagones, y por lo tanto reduce considerablemente sus fronteras.

Chono en su buque, según nos dice Fitz Roy ⁵⁶: “En la costa de la Patagonia occidental, desde el estrecho de Magallanes hasta cabo Tres Montes, los naturales parecían pertenecer todos a una misma tribu y estar en buenos términos entre sí. Un hombre cuyo nombre era Niqueas se embarcó con Mr. Low cerca de cabo Victoria en calidad de piloto y luego resultó que conocía a todos los indígenas que se encontraban hacia el norte, hasta el paralelo 47. Siempre demostraba satisfacción al ver las diversas partidas de indios con quienes toparon e invariablemente era bien recibido de todos ellos. Perfecto conocedor de toda la costa occidental, estaba en condiciones de indicar puertos excelentes, así como también las mejores roquerías”. Cabo Victoria, sitio donde fue embarcado este piloto Chono, está situado al sud del estrecho Nelson y hacia el interior de los Evangelistas.

El mismo Fitz Roy contribuye con sus observaciones de 1834 a disipar muchas dudas cuando anota ⁵⁷: “Antes de la conquista española, los indios Chonos habitaban Chiloé y el archipiélago de los Chonos, pero hay buena razón, si no prueba positiva, para suponer que hoy todos ellos están al sur del cabo Tres Montes”.

En otro párrafo este mismo autor observó que la boca del Estrecho era zona de permanente hostilidad entre los Chonos y los Alakalufes, de manera que la frontera exterior de los primeros está perfectamente documentada desde muy antiguo. Pero lo cierto es que las familias de los Chonos jamás pasaban de las Waianeco, pues desde allí hacia el sud, sólo los hombres transitaban el litoral. Sobre este particular conviene señalar que no existen noticias de que los Chonos viajaran por el interior del canal Messier, zona reservada a los Kau-kawes o Kank-kenk, cuyos paraderos habituales estaban situados mucho más al sud. Aquí puede apreciarse la diferencia existente entre los verdaderos navegantes o canoeros, y las tribus parcialmente adaptadas a la vida costera. Mientras los Chonos buscaban el mar, los Kank-kekknk se limitaban a las costas inferiores.

IV. EL GENTILICIO CHONO. — La palabra chono que comúnmente se emplea para denominar a las tribus canoeras de Chiloé y demás archipiélagos situados entre dichas islas y el golfo de Penas, es ampliamente conocida en toda la región del sud, tanto en el lado oriental como en la parte occidental de la Cordillera de los Andes.

⁵⁶ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 190.

⁵⁷ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 142.

Se trata del antiguo vocablo *chono* del dialecto huiliche, que significa navegante, o más propiamente, hombre de canoa. De estos indígenas la tomaron y la pluralizaron a la española divulgándola en sus crónicas los primeros misioneros y los historiadores que acompañaban al capitán don Pedro de Valdivia cuando ocupó el sud de Chile. Ellos en cambio, se identificaban con el gentilicio Wayteka, que quiere decir 'hombre de las islas', y ésta era la palabra que empleaban cuando querían referirse a sus antepasados. Al igual que lo ocurrido entre los Patagones y Fueguinos, se popularizó la denominación que les daban sus vecinos, quedando poco menos que desconocido su verdadero nombre, que sólo aparece como por excepción en algunas crónicas.

También se distinguían por tribus o por grupos, según sus hábitos, costumbres o por las características de los paraderos que ocupaban más asiduamente, lo que ha dado lugar a diversas interpretaciones. Así fue cómo los indios que poblaban la apartada isla de Wafo —Guafo o Huafo en los mapas— fueron llamados Wuywenches, palabra que significa 'silbadores' o 'gente de silbato'. en virtud de su extraña costumbre durante la caza de focas y lobos⁵⁸. Sin embargo tales indígenas eran simplemente una tribu del conjunto Chono.

Esta voz se ha conservado en forma sorprendente a través de cuatro siglos, sin que a ningún autor se le ocurriera modificar su aplicación o alterar su grafía. Pero al sud de Taytao poco tardó en reproducirse el fenómeno que tan intensamente afectó el estudio de casi todas las agrupaciones australes. En el año 1766, el religioso José García Martí emprendió una expedición a dichos lugares, y en su crónica registró una confusa serie de gentilicios, sin tener en cuenta para nada los informes de quienes le habían precedido⁵⁹.

Las primeras crónicas que datan del año 1553, no mencionan el nombre de los habitantes de los archipiélagos, pero al informar que siguen navegando hacia el sud de la isla Wafo, dicen textualmente⁶⁰: "cuya costa es toda de islas grandes que llaman de los Chonos". Así es como aparece registrada por primera vez esta palabra, suministrada por los guías nativos embarcados en el golfo de Ancud, donde predominaba la población huiliche. El cronista Ulloa, primer navegante de

⁵⁸ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 379.

⁵⁹ GARCÍA MARTÍ, JOSÉ, *Diario del Viaje de navegación del padre José García Martí, desde Cayllín en Chiloé, hacia el sur, en los años 1766 y 1767, en Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXXIX, pág. 365; Sgo. de Chile, 1871.

⁶⁰ GOICQUEA, MIGUEL, *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. VI, pág. 439.

aquella región, finaliza diciendo que regresaron "sin más efecto que el mérito de obedecer y el conocimiento de los archipiélagos de Chiloé y los Chonos" ⁶¹.

En 1610 los informes de los jesuitas Ferrofino y Venegas, demuestran que ya el vocablo había sido adoptado en forma definitiva, pues explican: "La otra parte de la isla (se refieren a Chiloé), que mira hacia el sud, dista como doce leguas de otro archipiélago de islas, que llaman de los Chonos ⁶². Desde entonces la palabra siguió afirmándose en todas las crónicas, y sin ninguna modificación aparece en 1834 en el diario de Fitz Roy, quien confirmó muchas noticias antiguas, e identificó al último grupo de sobrevivientes, reducidos entonces a la miseria en la inhóspita región del golfo de Penas ⁶³.

Al ahondarse la búsqueda de su verdadero nombre entre los vestigios de la descalabrada raza, todos sin excepción dijeron que antes, vale decir sus antepasados, no se llamaban así, y que la palabra Chono no pertenecía a su idioma. Agregaban que los indígenas que vivían en los canales, eran los auténticos hombres de las islas, y que se llamaban Waytekas. Efectivamente, los documentos antiguos registraban la palabra Chono, pero nada dicen sobre el nombre que ellos mismos se daban. Establecido el origen huiliche de aquel vocablo, condenado por otra parte como apócrifo por los propios indígenas que aún deambulan por los canales del oeste, faltaba no obstante confirmar el antiguo nombre de sus antepasados. Tras empeñosa búsqueda felizmente lo hallamos, aunque poco menos que escondido, en las notas acopiadas por el erudito investigador padre Guillermo Furlong, al citar un curioso manuscrito inédito atribuido al sacerdote Antonio Alemán, que se titula ⁶⁴ *Vida apostólica y glorioso Martirio de el Venerable P. E. Nicolás Mascardi de la Compañía de Jesús, Rector de el Colegio de Castro y Misiones Apostólicas de Chiloé, a quien envió el Apostol de el Oriente S. Francisco Xavier a convertir a los gentiles Poyas, Guaiticos y otras naciones, y que muriese en sus manos por nuestra Sta. Fe.*

El jesuita Mascardi desarrolló gran actividad entre los insulares efectuando varios viajes, y también actuó en las primitivas misiones

⁶¹ GOICUETA, M., loc. cit., pág. 440.

⁶² VENEGAS, MELCHIOR, *Colección de Documentos para la Historia Argentina*, vol. XIX, pág. 110.

⁶³ FITZ ROY, B., loc. cit., vol. II, pág. 142.

⁶⁴ FURLONG, GUILLERMO, S. J., *Entre los Tehuelches de la Patagonia*, pág. 171; Buenos Aires, 1943.

del lago Nahuel Huapi, entre los Poyas, que eran tribus continentales del conjunto mapuche. Los llamados Guaiticos son los nativos de las islas exploradas por aquel abnegado religioso, que también llegó a recorrer toda la Patagonia oriental⁶⁵. El mismo nombre, aparece en la crónica del P. Diego Rosales que relata una expedición en busca de españoles náufragos; dice⁶⁶: “Y no hallando por aquella costa a los españoles que buscaba, que sin duda están dentro de la cordillera, volvió otra vez desde el mar océano a las faldas de la cordillera nevada atravesando aquellas campañas y llanuras que abundan de indios, en la distancia que hay de doscientas leguas del mar a la cordillera, enderezando su marcha al término de donde había salido, que eran los poyas y guaitecas...”. Como los jesuitas tenían en Chiloé el centro de sus actividades, no puede menos que suponerse que los Waytekas son los Chonos, encontrados precisamente al final de estos viajes.

Con respecto a las denominaciones que les daban los Patagones, d'Orbigny dice que los llamaban Yacach, y el Dr. Federico Escalada supone que los conocían por el nombre de Tolk-kenk, y que los Araucanos por su parte les asignaron el gentilicio Aucaches. Los últimos grupos de Patagones del sud sólo admitían en la parte oriental la presencia de sus paisanos los Ksewa-kenk, es decir la gente de los cuises, pero desconocían o habían olvidado la existencia de otras tribus que, como en el caso de los Kank-kenk, en otros tiempos debieron conocer.

V. CULTURA DE LOS GRUPOS INDÍGENAS DE FUEGOPATAGONIA. —

a) *Yámana*. — Estos indígenas desde 1624, fecha en que fueron descubiertos por la expedición holandesa, hasta 1826 permanecieron poco menos que olvidados.

Durante doscientos años, ninguna otra expedición exploró los archipiélagos próximos al cabo de Hornos, hasta las postrimerías del siglo XVIII, época en que aparecieron los primeros buques loberos⁶⁷.

El capitán Fitz Roy al regresar de su primer viaje en el año 1827, se vió obligado por una curiosa contingencia a llevar a Gran Bretaña, a uno de estos nativos, junto con otros tres indios Alakalufes. Desde entonces los círculos científicos comenzaron a interesarse por ellos, y

⁶⁵ FURLONG, GUILLERMO S. J., loc. cit. pág. 81.

⁶⁶ MORALES, ERNESTO, *La Ciudad Encantada de la Patagonia*, pág. 78.

⁶⁷ El capitán Fitz Roy halló en muchos sitios abundantes pruebas de que los loberos se establecían por largas temporadas, hasta en lugares que en ese entonces no figuraban registrados en los mapas de la región.

durante todo el siglo XIX se logró acumular una gran cantidad de datos, ampliados posteriormente por los modernos investigadores que han examinado minuciosamente sus paraderos. En términos generales, todos los viajeros los calificaron muy duramente al observarlos, llegando a decir que apenas se diferenciaban de los irracionales. Fitz Roy así expresa su primera impresión⁶⁸: “Los tekeenicas, indígenas de la parte S. E. de la Tierra del Fuego, son bajos de estatura, de aspecto desagradable y mal proporcionados. Su tez es caoba muy viejo, o bien algo entre cobre oscuro y bronce. La caja del cuerpo es grande con relación a los miembros encogidos y algo patituertos. El cabello negro, duro y recto, extremadamente sucio, oculta a medias y sin embargo exagera la expresión repelente de facciones salvajes, de la peor especie. El pasar tanto tiempo en wigwams bajos, o acurrucados en canoas pequeñas, perjudica el desarrollo de las piernas, y les hace moverse agachados con las rodillas muy dobladas”. A continuación añade: “A veces estos remedos de ser humano llevan una piel de guanaco o de lobo marino echada a la espalda, y acaso les cuelgue al frente una de pingüino o un trozo de cuero; pero con frecuencia nada llevan para ocultar la desnudez y conservar el calor, excepto un parche de cuero alrededor de la cintura, atado al costado o por detrás”. En otro párrafo confirma su mala impresión diciendo: “Son los más pequeños y al parecer los más miserables de los Fueguinos. Habitan las costas y cercanías del canal Beagle”. En la fecha de su viaje —años 1826-1834, asignó a las dos agrupaciones un total de quinientos individuos, dispersos en los archipiélagos del sud y al parecer en rápida declinación, debido a las frecuentes luchas intestinas y a las incursiones de sus vecinos⁶⁹.

Su lugar de invernada era la sonda Ponsomby, donde se distribuían en las islas más apropiadas, tanto para asegurarse una normal provisión de alimentos, como para eludir las invasiones de los Selknam, que pasaban de Tierra del Fuego a través del Beagle. Estos últimos al llegar el otoño, según informó el nativo Jemmy Button —el pupilo de Fitz Roy— aguardaban pacientemente que los Yámanas se instalaran en sus paraderos, para caer sobre ellos, sin más objeto que el matarlos y llevarse algunas mujeres⁷⁰. Así es como se pudo comprobar que los Haush, grupo de cazadores, mostraban inequívocos rasgos físicos

⁶⁸ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 137.

⁶⁹ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 133.

⁷⁰ DARWIN, ROBERT CH., loc. cit., pág. 240.

y culturales endosados por los Yámanas. Entre estos últimos los lazos familiares no eran tan inconsistentes como generalmente se supone al estudiar sus costumbres. El muchacho que fue llevado a Inglaterra constantemente recordaba a los suyos, y en alta mar se mostró muy afligido al enterarse por medio de un sueño que su padre había muerto, lo cual efectivamente se comprobó al arribar a destino ⁷¹. Sin embargo su padre lo había vendido a los británicos a cambio de un reluciente botón de nácar, transacción que dio origen a su nombre. Los matrimonios carecían de toda ceremonia, tomando el aspecto de formidables grescas en la primavera, época en que cada hombre se apropiaba por la fuerza de dos o más mujeres, que embarcaba en su canoa de corteza junto con los hijos pequeños que aquéllas poseían. Una vez hecho el reparto de mujeres, se restablecía la armonía y se lanzaban a navegar hasta fines de otoño, época en que volvían a reunirse. Los niños mayores se embarcaban en cualquier canoa donde hubiese lugar, pero al llegar a los puntos de invernada se reunían con sus padres. Las chozas que hemos visto eran sumamente pequeñas, y en el interior se vivía en la más completa promiscuidad, pasando en invierno días enteros hechos un ovillo, al lado del fuego, sobre un lecho de cenizas y algún trozo de cuero. Durante la época de fríos rigurosos quedaban como aletargados y adelgazaban enormemente, debido a las dificultades para procurarse alimento. En virtud de estos relatos que los británicos escucharon por boca de los mismos nativos, afirmaron que durante la estación invernal, al faltarles el alimento, no vacilaban en sacrificar a las ancianas para comérselas. luego de estrangularlas sobre el humo de los fogones ⁷².

Esta horrible descripción de Fitz Roy se complementa con detallados informes sobre sus costumbres, armas, trabajos, adornos y sus gustos de enaceitarse el cuerpo y embadurnarse con pinturas.

El profesor Hyades, que los vio medio siglo más tarde, en 1883, dice textualmente ⁷³: "Nos parecieron durante los primeros meses de nuestra estadía en bahía Orange, los seres más desheredados de la humanidad y los más próximos al bruto por su falta de inteligencia". Ramón Lista, al explorar la isla, también compartió esta deplorable

⁷¹ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 204.

⁷² FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 183.

DARWIN, ROBERT CH., loc. cit., pág. 203.

⁷³ HYADES, PAUL, loc. cit. pág. 479.

impresión ⁷⁴. Carlos Darwin no tuvo escrúpulos en comparar su inteligencia con el instinto de los animales y en reiterar sus prácticas de canibales ⁷⁵. Estas noticias son desde luego exageradas. El propio profesor Hyades comprobó que se negaban a radicarse en forma permanente junto a las misiones, porque no se les enseñaba a construir canoas, arpones, arcos y flechas, con lo cual quedaban a merced de gente extraña y de la cual en el futuro dependerían en absoluto ⁷⁶.

Estos nativos eran los únicos que excavaban el piso de sus chozas, clavando alrededor de la excavación ramas que luego ataban en forma de manojo en la extremidad superior. Sobre el costado que daba al viento extendían un cuero de lobo o foca para resguardarse de la lluvia ⁷⁷. La canoa, de construcción enteramente rústica, estaba formada por trozos de cortezas de árboles ligadas mediante tientos animales. La pesca era su entretenimiento favorito, y la efectuaban con cordel y sebo, pero sin anzuelo. Durante sus excursiones solían arponear todo animal marino que se colocaba a su alcance. A veces en las épocas de grandes nevadas, cazaban guanacos sobre las orillas de la isla Navarino y del canal Beagle, pero su principal fuente de alimentos eran los grandes bancos de mariscos ⁷⁸. Poseían el perro doméstico, obtenido por canje con sus vecinos, pues este animal no es nativo ni de la Patagonia ni de Tierra del Fuego. Los enseres del hogar, sumamente escasos, eran amontonados en pequeñas bolsas de cuero, en un compartimiento de la embarcación. Sobre un lecho de arena llevaban siempre encendido en las canoas el fuego del hogar, en torno al cual se echaban los perros y las criaturas, mientras las mujeres remaban y los hombres pescaban o arponeaban sus presas. Las canoas eran impulsadas por remos cortos —palas— y carecían de ancla y de timón.

b) *Los Alakalufes*. — Sobre estos indígenas existe gran acopio de noticias ya desde los primeros tiempos de la conquista, pero al considerarlas detalladamente se comprueba que en su mayoría están saturadas de exageraciones. Magallanes en 1520 no los vio, pues su cronista no los menciona, y por el contrario dice que al canal interoceá-

⁷⁴ LISTA, RAMÓN, *Viaje al País de los Onas*.

⁷⁵ DARWIN, ROBERT CH., loc. cit., pág. 237. En cambio GIACOMO BOVE, en su obra *Expedición Austral Argentina*, reproduce algunos dibujos ejecutados por los niños yámanas asilados en la misión del Canal Beagle.

⁷⁶ HYADES, PAUL, loc. cit., pág. 481.

⁷⁷ DARWIN, ROBERT CH., loc. cit., pág. 234.

⁷⁸ El guanaco sólo existía en la isla Grande de Tierra del Fuego y la isla Navarino, faltando por completo en las demás.

nico lo bautizaron con el nombre de Estrecho de los Patagones. Algunos autores atribuyen a esta expedición el nombre dado a Tierra del Fuego, pero lo cierto es que no existen constancias históricas sobre ello ⁷⁹. En 1526 los expedicionarios de la armada de Loyza los vieron en el Estrecho y dicen que tripulaban canoas hechas con costillas de ballena y que eran gigantes ⁸⁰. El relator Knivet de la segunda expedición de Thomas Cavendish en 1592, también afirma que eran gigantes que navegaban en canoas y les arrojaron grandes bloques de peñascos ⁸¹. En 1590 John Cidley sostuvo una refriega con ellos en Port Famine, e informa que perdió varios hombres. En 1598 Sebald de Weert y Simón Cordes vieron canoeros pequeños de estatura, y uno de ellos fue llevado a Holanda. En una bahía dieron con siete canoas y con los mosquetes mataron a cinco indígenas; los restantes, dice el cronista, huyeron a los bosques, pues eran indios gigantes que arrancaban árboles de cuajo para formar una trinchera ⁸². En 1599 Oliver Van Noort apresó varios niños, uno de los cuales le proporcionó valiosos informes ⁸³. En 1614 George Spilberg insiste en que eran gigantes y que uno de ellos los estuvo observando, mientras saltaba de colina en colina sobre la costa fueguina ⁸⁴. En 1618 los hermanos Nodal informaron que los canoeros eran hombres llenos de dulzura. Sólo a partir del viaje de Bougainville, en el 1767, se aclaran estas confusas noticias, pues luego de tratarlos muy asiduamente, anota que “estos salvajes son pequeños, feos y delgados y despiden un hedor insoportable” ⁸⁵. Fitz Roy por su parte los describe así ⁸⁶: “Los hombres de la tribu alikoolip son los más robustos y sus mujeres las menos desagradables de todos los Fueguinos. Aunque no muy distintos de los Tekeenicás, son superiores a ellos, pero inferiores a los Yacanas, y mucho más a los nativos de la Patagonia.

⁷⁹ El origen del nombre Tierra del Fuego aún no ha sido debidamente establecido, pero se supone que deriva de la enorme cantidad de humos que siempre se divisaban en todas direcciones, apenas los viajeros cruzaban la segunda angostura. Estas humaredas, tanto procedían de tierra firme como de las innumerables canoas que deambulaban de un sitio a otro llevando en el interior encendido el fuego del hogar. Posteriormente la isla recibió otros nombres, como Tierra de la Amargura, dado por los franceses luego de sus infructuosos intentos para colonizarla.

⁸⁰ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO, loc. cit., lib. XX, f. VI.

⁸¹ HACKLUY, RICHARD, vol. III, pág. 803.

⁸² DE BROUSSE, CHARLES, loc. cit., vol. I, pág. 283.

⁸³ DE BROUSSE, CHARLES, loc. cit., vol. I, pág. 298.

⁸⁴ DE BROUSSE, CHARLES, loc. cit., vol. I, pág. 344.

⁸⁵ BOUGAINVILLE, LOUIS A. DE, *Voyage autour du monde de la frégate la Boudeuse*, pág. 154.

⁸⁶ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 140.

Sus canoas son algo mejores que las de los Tekeenicas, si bien construídas de la misma manera". Según este autor algunos grupos excavaban el piso de las chozas, mas lo corriente era que lo limpiaran de malezas y guijarros sin ahondarlo. La choza llamada *wigwam* por los británicos y "casa enramada" por los holandeses, era completamente distinta de la vivienda yámana. Las ramas de los árboles eran clavadas en círculo y luego encorvadas hasta unirlas en el tope, formando una estructura similar a una gran colmena, que luego se recubría con manojos de pasto y algunos pedazos de cuero inservible⁸⁷.

Iban mejor vestidos que los Yámanas, y con frecuencia se les vio usar grandes capas de cuero de foca, nutria, lobo marino y guanaco. Mantenían activo tráfico con los Patagones y con todos sus vecinos, pero exceptuados éstos, todos los demás les temían por su salvajismo y belicosidad. Eran habilísimos honderos; el capitán Parker King presenció esta asombrosa demostración en la sonda del Almirantazgo⁸⁸: "Habiendo pedido a un hombre que nos enseñara su uso, recogió un guijarro del tamaño de un huevo de paloma y lo colocó en la honda. Luego haciéndonos ver que iba a tirarle a una canoa se volvió de espaldas al blanco y arrojó la piedra en dirección opuesta contra el tronco de un árbol, de donde rebotó por encima de su cabeza yendo a caer junto a la canoa. Les he visto pegar un hondazo a una gorra colocada en el muñón de un árbol a 50 ó 60 yardas. También son muy diestros para usar el arco y la flecha, con la que matan pájaros". Posteriormente los británicos experimentaron los efectos de esta arma, cuando uno de sus hombres resultó gravemente herido, a una distancia en que se creían a cubierto hasta de las balas de mosquete. Durante el segundo viaje Fitz Roy modificó sus severos juicios iniciales, y nos dejó párrafos sumamente interesantes sobre su físico y sus costumbres, llegando a decir que vio mujeres "realmente hermosas"⁸⁹. Los buques loberos siempre mantuvieron refriegas con estos nativos, a los cuales se acusó hasta en épocas recientes, de cometer hechos criminales contra los buques pequeños⁹⁰. En 1767 Bougainville registró la novedad sobre

⁸⁷ DARWIN, ROBERT CH., loc. cit., pág. 234.

⁸⁸ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. I, pág. 55.

⁸⁹ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. I, pág. 394.

⁹⁰ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. I, pág. 319. En *Argentina Austral*, rev. N° 150, diciembre 1943, aparece una fotografía con esta leyenda: "El Padre Torre (Federico) bogando por los canales fueguinos como suele hacer para visitar a los indígenas. Pero en este caso se dirige a un cutter por ellos quemado después de matar a su dueño".

el empleo de la vela en sus canoas, y luego los británicos de la *Beagle* confirmaron esa noticia observando canoas impulsadas por velas en cabo Bowlet y en puerto Esperanza. Las velas eran simplemente de cuero de foca o de lobo, y su uso al parecer era reciente y no estaba generalizado⁹¹. En términos generales, su vida era muy similar a la de sus vecinos los Yámanas, y la región que ocupaban ofrece análogas características geográficas y climáticas.

Charles R. Darwin, aunque viajó a bordo de la *Beagle* en compañía de un joven y de una muchacha del grupo Alakaluf, al verlos en su estado natural, recibió una pésima impresión, pues anota⁹²: “Desconocen el amor al hogar, entendiendo por esta palabra una vivienda sólida y fija. El marido trata a la mujer como un amo brutal a su esclavo. La operación de arrancar de las rocas mariscos a golpes, ni siquiera hace necesaria la astucia, que es la más ínfima de las dotes intelectuales. La destreza que poseen para algunas cosas, puede compararse al instinto de los irracionales, porque no se perfecciona con la experiencia; la canoa, su artefacto más ingenioso, con ser tan pobre, ha permanecido invariada durante los últimos doscientos cincuenta años, según sabemos por Drake.

Aunque culturalmente se los considera en un plano superior con respecto a sus vecinos los Yámanas, no alcanzaron a conocer los más esenciales inventos auxiliares de la navegación, como ser el remo largo, el timón y el ancla.

Los misioneros salesianos han proporcionado un valioso caudal de informes sobre las creencias de los grupos Alakalufes, recopilados durante los muchos años que estuvieron concentrados en la isla Dawson bajo su tutela⁹³. Jamás depusieron ni ocultaron su odio inextinguible hacia los blancos y en general hacia todos los demás aborígenes. Orgullosos de ser quienes eran —se consideraban como la máxima expresión

⁹¹ MOLINA, IGNACIO, *Colección de Historiadores de Chile*, tomo XXVI, pág. 240, testimonia el empleo de la vela por los Chonos, pero resulta curioso que a pesar de esta antigua noticia, un erudito de la categoría de ERLAND NORDENSKIÖLD, en *Origin of the Indian civilizations in South America...*, en *Comp. Ethnogr. Studies*, vol. IX, cuadro II, niegue a todos los habitantes de aquellos litorales el uso de cualquier tipo de vela en sus embarcaciones.

⁹² DARWIN, ROBERT CH., loc. cit., pág. 236.

⁹³ *Argentina Austral*, N° 160, octubre de 1944, número especial dedicado a Monseñor Fagnano. Este número de la entrega contiene abundante material gráfico sobre los Alakalufes, y algunas interesantes notas escritas por los religiosos salesianos, sobre el origen de los canoeros —pág. 50— y las corrientes humanas que poblaban los archipiélagos australes.

humana— prefirieron mantenerse libres, vagando por aquellos tempestuosos canales, donde hasta los días actuales subsisten algunas familias que se niegan a abandonar su paradero.

A pesar de la extraordinaria vitalidad que les ha permitido sobrevivir a todos los aborígenes australes, resultaron estériles los esfuerzos realizados para incorporarlos a la civilización, antes de su casi total desaparición.

c) *Patagones occidentales*. — El problema etnológico que tan intensamente comienza a preocupar a los estudiosos que investigan la identidad racial de las tribus que en otros tiempos vivían al oeste del punto donde la cordillera se hunde en las aguas del Estrecho, necesariamente debe limitarse a sólo dos agrupaciones, que hemos denominado Ksehua-kenk y Kawkawes⁹⁴.

La ausencia de informaciones no es tan absoluta como para incluirlos apresuradamente en el grupo Alakaluf, o como para reclamar una nueva casilla en el mapa etnográfico. La bahía Otway —Otway Water— fue descubierta por Fitz Roy el 10 de mayo de 1829, lo mismo que la hoya Skyring, sitios en los cuales por primera vez vio a estos aborígenes. Pero en esa época ya los loberos habían penetrado en aquellos amplios espejos de agua, pues Fitz Roy al describirlos dice⁹⁵: “Sería curioso saber cómo han aprendido a emplear el tabaco, pero lo cierto es que les gusta y por demás. Tenían pieles de guanaco, foca y otros animales, siendo probable que trafiquen con los Patagones. También tenían la piel y astas de un ciervo. Parecían de una raza semejante a los Fueguinos, pero superior; más fuertes, gruesos, vivos y activos. Su lenguaje suena como el fueguino y sus toldos y armas son idénticos. Las facciones de esta gente diferían de las de los Fueguinos que había visto antes por ser más regulares y de expresión menos artera”. Entre estos indígenas Fitz Roy no vio canoas de tablones, lo cual es natural, porque los cazadores utilizaban para cruzar los cursos de agua el primer elemento que tenían a mano, ya fueran simplemente troncos unidos o botes abandonados por sus vecinos.

Si bien es cierto que este explorador observó entre ellos el carácter de canoeros, no lo es menos que en el inventario de sus bienes cita

⁹⁴ Los Ksewa-kenk o Ksehua-kenk son los llamados Schuau-kunny por Fa'kner y Fitz Roy, componentes de la cuarta división de los Tehuelches continentales.

Los Kank-kene o Kau-kawes integraban una tribu colateral de los cazadores, aculturada con los canoeros, en los senos interiores de la Patagonia occidental.

⁹⁵ Fitz Roy, B., loc. cit., vol. I, pág. 227.

elementos típicos de los cazadores, como ser la piel de huemul que falta por completo entre los grupos Alakalufes. Al penetrar por primera vez en la hoya Otway, descubrieron una pequeña tribu de treinta personas, que sólo poseía cuatro canoas. Este dato permite demostrar que no podían ser auténticos canoeros, pues éstos jamás estaban faltos de canoas suficientes para embarcar en su totalidad al menor amago de peligro, tal como se advierte en muchos puntos de la obra de Fitz Roy. Al sur de la isla Wellington, es decir en punta Candelaria, situada al fondo del golfo Trinidad, se les acercaron dos canoas tripuladas por treinta y dos indios: "eran varones en su mayor parte, raza más hermosa y de mejores formas y facciones que los Fueguinos, y también menos barulleros. Sus canoas estaban construídas de tablones, y la mayor medía 23 pies de eslora; parecían ser muy estables y rápidas"⁹⁶. Entre el Ancón sin Salida y el canal Smyth, el teniente Skyring de la *Beagle* observó dos canoas sobre cuyos tripulantes dice⁹⁷: "al ver extranjeros desembarcaron todos excepto un anciano, y llevándose sus efectos más preciados corrieron a ocultarse en la maleza, dejando las canoas amarradas al cachiyuyo. Algunas palabras fueguinas de invitación los indujeron sin embargo a aproximarse para comerciar. El aspecto y los modales de estos indios eran iguales a los Fueguinos, y sólo por las canoas que eran de tablones podía distinguirse que eran de una tribu distinta". Para completar la confusión, estos mismos exploradores señalan que al sud del canal Jerónimo en bahía Firtescue, observaron grandes canoas de tablones llegadas desde el oeste, y que inmediatamente llamaron su atención porque en vez de las típicas palas fueguinas empleaban remos"⁹⁸. En el punto que cita el teniente Skyring, en 1581 Sarmiento de Gamboa recogió a tres nativos como intérpretes, quienes al advertir que avanzaban hacia el sud, se alarmaron muchísimo, exteriorizandó por todos los medios su desesperación⁹⁹. Los británicos al explorar el canal Messier, lo hallaron desierto, pero en cambio observaron algunas chozas abandonadas.

⁹⁶ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. I, pág. 226. Las canoas de tablones procedían en todos los casos de tribus radicadas al norte del Estrecho, motivo por el cual sólo debe prestarse atención en estos casos a la descripción física de sus tripulantes.

⁹⁷ Como puede apreciarse en este caso, el idioma de los Alakalufes era comprendido aún suponiendo que con pésima pronunciación de los británicos, por tribus que vivían sumamente alejadas de los auténticos canoeros del Estrecho.

⁹⁸ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. I, pág. 313.

⁹⁹ SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO, *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. VII, pág. 421.

De todo lo expuesto, se deduce que la presencia de los Chonos es indiscutible al sud de la isla Wellington, ya que las canoas de tablones únicamente ellos sabían construirlas. El único indicio que sostiene la presencia de los Alakalufes en estas regiones, surge del hecho que los británicos se comunicaran con los indígenas apelando a sus vocabularios, pero es necesario tener presente que todas estas tribus hablaban, o por lo menos entendían el lenguaje de sus vecinos. Bastante más al norte, al inspeccionar los canales interiores, los británicos observaron con asombro una canoa de cortezas, y descubrieron una especie de astillero primitivo con gran cantidad de objetos desparramados, entre los cuales había algunas canoas a medio construir. Un paradero de esta naturaleza de ninguna manera es posible asignarlo a las tribus fueguinas.

El descubrimiento de este lugar por Mr. B. Bynoe dio lugar para que el capitán Fitz Roy anotara estas interesantes informaciones¹⁰⁰: "Allí encontró gran número de wigwams y canoas abandonadas. Algunos de los primeros eran de grandes dimensiones y forma variada; dos parecían balleneras volcadas, con cabida cada uno para 40 ó 50 personas; y en los grandes (6 pies de altura) Mr. Bynoe podía pasar erguido. Todos eran de materiales livianos, como ramas de árbol cubiertas de pasto largo. En cada lugar estaban agrupados 5 ó 6 wigwams; y a su lado se habían construído seguramente canoas, pues había muchos árboles volteados y descortezados. Eran visibles los rastros de fuego que se había arrastrado alrededor de las raíces de los árboles, y había muchos trozos grandes de cortezas cosidos parcialmente entre sí. En un punto se hallaron cuatro canoas buenas, una de ellas completamente nueva; y además se encontraron muchas viejas o destrozadas". Luego de otras observaciones añade: "Mr. Bynoe sugirió la posibilidad que los indios del golfo Skyring viajaran por tierra, construyeran canoas y luego se dirigieran hacia el norte a lo largo de la costa occidental; pero yo más bien creo que los indios Chonos eligen ese punto, abundante de alimentos, para pasar allí el invierno o para permanecer allí el tiempo considerable necesario para construir sus canoas. Es posible que cuando Bynoe estuvo allí (verano) la tribu que tuviera allí sus cuarteles de invierno anduviera dispersa a lo largo de la costa del mar buscando lobos, huevos y pichones". Es de hacer notar que la sonda Obstrucción es una pronunciada curva que penetra hacia el sud

¹⁰⁰ FITZ ROY, B., loc. cit., vol. II, pág. 198.

detrás de la península Muñoz Gamero, como prolongación del seno Última Esperanza, y que llega a muy escasos kilómetros de la hoya Skyring. Allí los británicos notaron que abundaban precisamente los huemules, cuya piel, que tanto llamó su atención, sirvió para dar el nombre a una tribu de la hoya Otway. A pesar de que las canoas eran de corteza, es de advertir que su tamaño era desusado al compararlas con las dimensiones fueguinas y así también las viviendas, todas ellas amplias y de forma irregular. Las canoas tipo ballenera fueron desconocidas entre los indios navegantes del Estrecho y de Tierra del Fuego y en cambio habituales entre los insulares de la Patagonia occidental.

Aunque Fitz Roy sugiere la idea que podía tratarse de un paradero de indios Chonos, el relato permite suponer que quienes allí trabajaban eran más bien Patagones del grupo Kank-kenk, pues simultáneamente en las orillas descubrieron rastros de pisadas de caballo. Estos indígenas empleaban canoas de corteza para sus desplazamientos hacia el canal Messier y hasta las islas Waianeco, donde seguramente aprendieron de los Waytecas a construir embarcaciones de tal tamaño, y de allí debieron regresar muchas veces provistos de canoas de tablas cosidas. De ninguna manera puede presumirse que los Fueguinos se internaron en tan remoto lugar como la sonda Obstrucción, para dedicarse durante algún tiempo a la construcción de canoas. El hecho que éstos poseyeran alguna canoa de tablones, nada tiene de extraño, pues también arrebataron un bote a los ingleses, el cual nunca pudo ser recuperado. En cambio se sabe que los Chonos volteaban los árboles y los dejaban estacionar durante un año entero antes de comenzar a rasar a piedra y fuego los tablones que luego empleaban en la construcción de sus piraguas.

Quedan, pues, pocas dudas de que los navegantes vistos por los británicos entre los archipiélagos occidentales eran simplemente grupos de Chonos los cuales se desplazaban hacia el sud desde las islas Waianeco en procura de alimentos o en alguna expedición bélica, ya que en todos los casos se nota la ausencia de las mujeres y de los niños. En cuanto a los indios observados en los senos interiores y en la parte continental se deduce que eran grupos heterogéneos, entre los cuales predominan elementos patagones¹⁰¹. Los grupos vistos en los senos Otway y Skyring en el mes de mayo, sin duda ya habían dado término a sus correrías anuales y se prestaban a invernar en sus tradicionales paraderos cerca del mar, donde el clima es más benigno. Simultáneamente puede obser-

¹⁰¹ FITZ ROY, B., loc. cit., vol. II, pág. 170.

varse que faltan por completo las noticias sobre los indios que navegaban durante el invierno en canoas de tablones, a pesar de que los ingleses prosiguieron sus trabajos durante buena parte de esta estación. En cambio más al sur en todo momento observaron la actividad de los Alakalufes en sus pequeñas canoas de corteza. Las chozas vistas en la parte occidental, tanto en tierra firme como en las islas, ofrecían la curiosa novedad que sobre las ramas entrecruzadas se extendían cueros de foca, lobo o de guanaco, imitando a los conocidos toldos de los Patagones.

Entre los auténticos canoeros, incluso entre los Chonos, falta este revestimiento típico de las viviendas de los cazadores. Tampoco es mencionado entre los Fueguinos el empleo de verdaderos remos, artefactos que en cambio figuran en el patrimonio cultural de los Chonos, pues aquéllos empleaban únicamente las palas cortas, incluso en las embarcaciones de mayor porte que por una u otra causa caían en sus manos. Los remos que hurtaron a los británicos de inmediato fueron convertidos en garrotes para cazar lobos, prueba de que no sabían apreciar sus ventajas como medio de propulsión.

d) *Huemules*. — En la obra de Fitz Roy llaman la atención los párrafos que dedica a un grupo de cien aborígenes escasos hallados en la hoya Otway, a los cuales denomina Huemules, por haberse observado que poseían gran cantidad de pieles de este pequeño ciervo que habita los bosques cordilleranos de la Patagonia. Sobre ellos dice ¹⁰²: “Tienen muy pocas canoas y carecen de caballos, pero emplean grandes perros en la caza del huemul y del guanaco. La tribu Huemul no es numerosa, y disponiendo de extenso territorio con abundancia de alimentos, difícilmente abandonaría su territorio para someterse a un cacique patagón. Estas tribus no están dispuestas a servir a un amo ni a aprender nuevos hábitos; a más estando separados de los indios de a caballo por un pequeño canal, no es fácil que se les pueda capturar y obligar a permanecer con los Patagones como lo han supuesto algunas personas”.

Esta tribu que rehuye a los Patagones, según Fitz Roy, debería ser un apéndice de la parcialidad Ksewa-kenk, la cual tampoco poseía caballos, pues este animal siempre fue escaso en la parte occidental. Por otra parte resultaba de problemática utilidad en aquellos terrenos quebrados y montuosos, a diferencia de las ventajas que ofrecía al

¹⁰² FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 141.

indio de la llanura oriental. Si bien Fitz Roy relaciona a estos indios con los Yacana-kuny, tanto por su físico como por sus costumbres (la abundancia de pieles en su poder) los proyecta hacia el grupo de cazadores continentales. A esta tribu podría pertenecer el indio Guaycaro que llamó la atención de Lista, y el otro llamado 'guacurá' que según Guillermo Cox vivía esclavo entre los Patagones y procedía de la costa norte del Estrecho de Magallanes¹⁰³.

Fitz Roy no abunda en informes sobre estos indígenas pues al inspeccionar el interior de las hoyas descubrió a otros grupos dispersos entre algunas islas y la costa. Pero la caza intensiva de un animal tan rápido y huidizo como es el huemul, de ninguna manera podían realizarla los indios de canoa, cuyos movimientos en tierra siempre llamaron la atención por su torpeza.

Ya el cronista Ulloa en 1553 registra la presencia de otros indígenas en las islas interiores, que si bien andaban en sus canoas de isla en isla, no resultaron ser huiliches navegantes. Afirma que eran distintos de los que vivían en los Coronados —Chiloé y Los Chonos— y llamó su atención el hecho que embadurnaran cuerpo y rostro con pintura colorada; vestían mantas de fibra de corteza y adornaban la cabeza con guirnaldas de plumas de patos silvestres. También pudo comprobar que hablaban un idioma distinto.

Respecto al uso exagerado de la pintura colorada entre los habitantes de esas latitudes, ya fue observado también por Sarmiento de Gamboa en su viaje de los años 1579-1580. Primeramente al registrar un surgidero —posiblemente al sud de la isla Campana— halló una choza abandonada, y en ella varias bolsitas de polvo bermejo. Poco después, al proseguir viaje, se cruzó con una canoa tripulada por quince jóvenes mandados por un anciano; todos ellos, excepto el viejo, iban desnudos, pintados de rojo de pies a cabeza. Estas noticias concuerdan con la primera descripción que Fitz Roy hace de los Huemules, a los cuales vio correr por la playa de la hoya Skyring, desnudos y completamente pintados de rojo.

Muchos años después, en 1879, los marinos chilenos de la corbeta *Magallanes* al explorar los senos Otway y Skyring, descubrieron que los nativos poseían canoas de tablones muy bien labrados. Al observar

¹⁰³ LISTA, RAMÓN, *Lamentaciones del último Guaicaro*, en el diario *La Nación*, del 9 de abril de 1895.

COX, GUILLERMO, *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia, 1862-64*; Santiago de Chile, 1863.

que físicamente eran distintos de los Alakalufes, no vacilaron en identificarlos con los Chonos, agregando que éstos viajaban anualmente hacia el sud en procura de pesca. Ya en ese entonces los indígenas mantenían un activo tráfico con la colonia chilena de Punta Arenas, y no es de extrañar que el reducido núcleo de Chonos vistos por Fitz Roy en 1834 al sud de Taytao se hubiera refugiado o mezclado con el saldo de los llamados Huemules, que históricamente ocupaban ese territorio. La fugaz aparición de estos últimos en aquel recóndito escenario se diluye de inmediato en el conjunto patagón y posteriormente hacen acto de presencia los Chonos al finalizar el siglo XIX, desplazándolos de sus paraderos. Luego del viaje de exploración de la corbeta *Magallanes*, la entidad huemul no vuelve a aparecer en ningún punto de los archipiélagos australes.

VI. DESCRIPCIÓN DE LOS CHONOS-WAYTECAS. — Superada la confusión que reina sobre los Waytecas, nos encontramos con la sorpresa que las informaciones antiguas son más abundantes de lo que generalmente se cree y de lo que podría desprenderse de trabajos científicos. Los libros escritos sobre los gigantes y la Ciudad de los Césares, en los que tantos autores han explotado el sensacionalismo, no obstante las exageraciones y fantasías, prestaron un gran favor a Araucanos y Patagones, popularizándolos en todo el mundo. La leyenda de la Ciudad de los Césares nació flotando sobre los archipiélagos occidentales, donde se la buscó con gran empeño durante todo el siglo XVI y parte del XVII, pero la imaginación de los viajeros no tardó en desviarla hacia la inmensa y desolada Patagonia. A ella debe no pocos progresos la geografía patagónica, pues varias expediciones se emprendieron con el único objeto de conquistar esta legendaria ciudad. Viajes análogos por los archipiélagos occidentales proporcionaron las escasas noticias que se poseen sobre los primitivos Chonos. La primera descripción data del año 1553-54, y corresponde al cronista que narró el viaje de Francisco de Ulloa y Francisco Cortés de Hojea, pues dice: “Son los indios de la región austral hombres de razonable estatura; sus armas son fisgas de palo de dos brazas, é así mismo traían unos puñales de hueso de ballena de dos palmos de largo; sus vestidos eran pellejos de lobos marinos i de corzo de los montes, no más largos que hasta un poco más abajo de la cintura”. Esta descripción corresponde, sin duda, al grupo heterogéneo de la isla Wellington pues, como se advierte, usaban pieles de animales terrestres y marinos.

Los capitanes españoles Antonio De Vea y Pascual Iriarte, que en 1675 exploraron el sud de la isla Wellington, informaron que ¹⁰⁴: “Los huilles que viven más hacia el Estrecho, van totalmente desnudos. Tienen las carnes negras, entiendo que es de las injurias del sol y aguaceros y de las malas comidas, porque no comen más que mariscos crudos. Tienen el cabello negro y gordo como cerdas; son más broncos y groseros aunque no son feroces. Los Chonos suelen ir a maloquear entre estos indios”. Queda, así, perfectamente establecido, que los Chonos viajaban desde muy antiguo hacia la boca del Estrecho, pues estos navegantes fueron secundados por varias piraguas indígenas durante su expedición. Fernández de Ladrillero que un siglo antes había inspeccionado dicha región, penetrando por el Estrecho hasta las proximidades del Atlántico —donde observó a los Patagones— no proporcionó mayores informes sobre los indios occidentales ¹⁰⁵.

Una de las primeras descripciones de los insulares de Chiloé —los Chonos— la hallamos en los versos del poeta guerrero don Alonso de Ercilla que iba entre los soldados conquistadores ¹⁰⁶. Prescindiendo de los giros literarios, es evidente que los españoles recibieron una impresión tan excelente como inesperada.

El abate Juan Ignacio Molina, al referir los hechos más destacados durante el avance de los españoles dice ¹⁰⁷: “Habiendo finalmente superado todos los obstáculos llegaron a descubrir desde la cima de un alto monte, el grande archipiélago de Ancud, nombrado más comúnmente de Chiloé, cuyos canales estaban surcados por infinidad de barquillos que navegaban a remo y vela. En los primeros encuentros ofrecieron a los españoles piraguas cargadas de frutos, peces, maíz y patatas”.

Por su parte el sacerdote jesuita Alonso de Ovalle, uno de los más conocidos relatores de la conquista de Chile, informó ¹⁰⁸: “Los Chonos son gente pobre pero de buenos naturales, y los que han dado mayores demostraciones de ello, son los chiloenses por ser más conocidos y haber tenido con esto más ocasión de mostrar su docilidad y sus buenos

¹⁰⁴ DE VEA, ANTONIO, loc. cit., vol. I, pág. 102.

¹⁰⁵ GOICUETA, MIGUEL, loc. cit., vol. VI, pág. 505.

¹⁰⁶ ERCILLA, ALONSO DE, *La Araucana*, cantos XXXV y XXXVI.

¹⁰⁷ MOLINA, JUAN IGNACIO, loc. cit., tomo XXVI, pág. 240.

¹⁰⁸ OVALLE, ALONSO DE, *De los Indios Chilenos que habitan las islas de Chile*, en *Colección de Historiadores de Chile*, tomo XIII, cap. IV, pág. 171.

sentimientos'. En esta crónica se denomina Chonos a todos los insulares, y chiloenses únicamente a los habitantes de Chiloé.

Si en alguna isla, los habitantes pertenecían en su mayoría a las tribus continentales —como ocurrió en la isla Santa María— de inmediato advertían de que no estaban tratando con los verdaderos insulares. En dicha isla, por ejemplo, los religiosos hallaron gran resistencia al desembarcar, y los naturales —eran Huilches— se burlaron groseramente del primer discurso religioso que oyeron ¹⁰⁹.

Al fundarse la misión jesuita de Caylín, llamada en las crónicas antiguas 'El Fin de la Cristiandad', el padre Melchior Venegas, anota en su informe que en aquellas islas vivían más de nueve mil indios, los cuales "son muy dóciles y de buen genio" ¹¹⁰. Muy distinta es la opinión que les merecen, en esa misma fecha, los indios continentales, y aun los grupos radicados en la costa de Ancud. En 1766 las crónicas registran el viaje del sacerdote José García Martí quien, incorporado a las piraguas de los nativos, llegó hasta la embocadura del canal Messier, al norte de la isla Wellington. Este religioso con ser uno de los exploradores más citados, y a cuya crónica se recurre cada vez que se trata de proyectar alguna luz sobre los canoeros de la Patagonia occidental, en síntesis sólo proporciona una información extremadamente confusa, anotando sin discriminación los nombres de las diversas tribus y caciques, a las cuales, siguiendo la costumbre de la época, denomina pomposamente 'naciones' ¹¹¹. Con anterioridad se registran los viajes del padre Gerónimo Montemayor en 1640, hasta los 39° de latitud sud, y en 1660 hasta los 47°, es decir hasta las islas Waianeco, en tres piraguas indígenas. En los años 1778-79, realizaron análogo itinerario los religiosos Benito Marín y Julián Real, acompañando a los indios que zarpaban de Los Chonos y Chiloé ¹¹². En todos los casos comprobaron que los indios que venían desde Caylín, tenían parientes en aquellos lejanos paraderos, y hablaban la misma lengua, excepto los grupos que remotaban el canal Messier. El padre Nicolás Mascardi, que también desarrolló gran actividad entre los insulares,

¹⁰⁹ FERROFINO, JUAN BAPTISTA, *Colección de Documentos para la Historia Nacional*, tomo XIX, pág. 108, public. del Inst. de Invest. Históricas de la Fac. de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

¹¹⁰ VENEGAS, MELCHIOR, loc. cit., en *Colección de Documentos para la Historia Nacional*, vol. XIX, pág. 379.

¹¹¹ GARCÍA MARTÍ, JOSÉ, loc. cit., pág. 365.

¹¹² FITZ ROY, B., loc. cit., pág. 170 del apéndice, o tomo III.

dice sobre los Chonos¹¹³: “dondequiera que llegaba, le recibían los indios con gran agasajo y gusto en sus islas, y el padre lo tenía mayor por verse entre ellos y trabajar con unos indios tan dóciles y tan buenos cristianos como son los de Chiloé”.

D'Orbigny, en cambio, los consideró como una rama de los Araucanos, pues en forma categórica dice¹¹⁴: “los Chonos son nómadas navegantes de la costa meridional de Chile”, agregando en otro párrafo: “Así los Chonos son los Aucas de las regiones más meridionales de las costas de Chile”.

La discriminación por tribus la establece diciendo: “Ira. Araucanos, para los indios que habitan el occidente de los Andes chilenos y en los Andes, los únicos de esa nación que son sedentarios. Podemos dividirlos en Chonos (los que viven al sud de Valdivia), Araucanos propiamente dichos (los del país de Arauco) y Pehuenches (todós los montañeses de los Andes); son por lo demás los nombres con los cuales se los conoce en la comarca”.

El capitán Roberto Fitz Roy, uno de los autores más sinceros y mejor informados dice¹¹⁵: “Los Chonos que viven en las islas occidentales de la Patagonia, se parecen a los alikhoollip, sin ser tan robustos e intrépidos. Por lo general son menos salvajes que los fueguinos aun cuando sus hábitos de vida se parezcan, pues presentan rasgos visibles de algún trato anterior con los españoles el que indudablemente tendió a mejorar su índole”.

Darwin, por su parte, los creyó Fueguinos emigrados y asombra con su sinceridad al referirse a ellos sin cargar las tintas en la forma acostumbrada que lo hace en sus obras. De la primer impresión que recibió en Chiloé dice¹¹⁶: “Al desembarcar a eso del mediodía, vimos una familia de pura raza india. El padre se parecía de un modo singular a York Minster, y algunos de los muchachos más jóvenes, por su ruda complexión, podrían haberse tomado por indios de las pampas. Todo lo visto me convence de las estrechas afinidades existentes entre las diversas tribus americanas, a pesar de sus distintas lenguas. No deja de ser agradable ver a los aborígenes elevados al mismo grado

¹¹³ FURLONG, GUILLERMO, S. J., loc. cit., pág. 59.

¹¹⁴ D'ORBIGNY, ALCIDES, *El Hombre Americano*, pág. 223; Buenos Aires, 1944.

¹¹⁵ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo II, pág. 142.

¹¹⁶ DARWIN, CARLOS R., loc. cit., pag. 336. El indígena que cita, llamado York Minster, era un fueguino Alacaluf que integraba el grupo de los pupilos de Fitz Roy, que fueron llevados a Inglaterra durante el primer viaje de la goleta *Beagle*, y posteriormente reintegrados a Tierra del Fuego.

de civilización, por bajo que sea el de sus conquistadores de raza blanca". En otro punto añade: "Por la noche cayó un aguacero que difícilmente logró alejar de nuestras tiendas el círculo de curiosos. Una familia india que había venido a comerciar en una canoa desde Caylen, vivaqueaba cerca de nosotros. No se preservaron durante la lluvia. A la mañana siguiente pregunté a un joven indio de aquéllos, a quienes el agua había calado hasta los huesos, qué tal había pasado la noche y me respondió perfectamente contento y satisfecho: Muy bien señor"¹¹⁷. La impresión de Darwin fue mejorando a medida que la permanencia en Chiló e islas vecinas le permitió familiarizarse con los nativos pues, finalmente, al despedirse dice: "Nunca he conocido nada más obsequioso y humilde que las costumbres y tratos de estos isleños"¹¹⁸.

El diario de este discutido autor permite apreciar la escala de civilización de los canoeros, comenzando por el peldaño inferior, asignado a los Yámanas, hasta alcanzar el superior que observó en Chiló e islas del archipiélago de los Chonos, donde los industriosos insulares habíanse transformado en agricultores y pastores. Junto con las descripciones de Fitz Roy y Darwin, resulta interesantísimo el párrafo que el cirujano de la *Beagle*, Mr. Bynoe, dedica a los tripulantes de dos grandes canoas observadas cerca del golfo de Trinidad, situado al sud de la isla Wellington. Eran indios físicamente muy superiores a los Fueguinos, y por lo tanto pertenecientes a otra agrupación, que empleaba canoas mucho más perfectas, en las cuales destaca el uso del timón y la distribución de los remeros en número de seis por banda¹¹⁹. La dirección estaba encomendada a una vieja, novedad que ya había sido observada anteriormente por el capitán lobero Williams Low. Con respecto al color más claro de estos nativos, que llamaron la atención de Bynoe, existe también el antecedente del padre Diego Rosales cuando dice¹²⁰: "Y en la parte de Chile que tiene tierra fría, hai indios blancos. Y en los Chonos los he visto tan blancos que parecen españoles". No faltan, por cierto, en estas regiones informes contradictorios, pues en la crónica de Ladrillero y Cortés de Hojea, se lee esta descripción correspondiente a los indios avistados en la costa de cabo

¹¹⁷ En castellano en el original.

¹¹⁸ DARWIN, CARLOS, B., loc. cit., pág. 340.

¹¹⁹ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo II, pág. 197.

¹²⁰ ROSALES, DIEGO, *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. VI, pág. 474.

San Román, región occidental de la isla Wellington ¹²¹: “La gente que hay en esta ensenada susodicha —Nuestra Señora del Carmen en los mapas— son indios de mediano cuerpo y mal proporcionados. No tienen sementeras; mantiénense de pescado, mariscos i lobos marinos que matan; i comen la carne de los lobos i pescado cruda, i aves cuando las matan; i otras veces las asan. Son mui salvajes i sin razón. Andan en canoa de cáscara de cipreses i otros árboles”. Aunque este informe pinta típicamente a los Fueguinos, es de hacer notar que se trata de indios vistos muy al sur, surgidos del Estrecho debido a sus hábitos nómadas, o corridos hacia el norte en alguna excursión bélica. Pero estos relatos, en ningún caso corresponden a indígenas observados desde las islas Waiánico hasta el norte. En la época del naufragio del navío San Sebastián, de Cortés de Hojea, estos grupos parece ser que dominaban la costa exterior de la isla Wellington, puntos que al parecer desalojaron pocos años después, ya que las expediciones de los jesuitas no vuelven a mencionarlos en lo sucesivo.

En términos generales las noticias sobre el aspecto físico de los Chonos, coinciden en señalar que aventajaban a todos sus hermanos de raza. Su arribo a las costas de Chiloé, junto con el freno parcial impuesto por la naturaleza a sus hábitos errabundos, coincidió con el aprendizaje y el conocimiento de los principios de la vida sedentaria, que por algún tiempo los sustraían de las canoas.

Su andar perdió la característica inclinación simiesca, típica en todos los demás canoeros y que tan pésima impresión causó a todos los viajeros y exploradores. Sus piernas lejos estaban de ser combadas y huesudas, faltas de carne y vigor muscular, defecto que tanto afeaba a los Yámanas y Alakalufes cuando abandonaban sus canoas. Los Chonos, cuya estatura era más bien baja, impresionaban favorablemente por su reciedumbre física. La expresión de su rostro carecía de la torva y recelosa expectativa, que siempre predispuso malamente a todos los Fueguinos con sus visitantes. Las mujeres eran mucho más atractivas, y existen constancias de que las hubo realmente hermosas, tal como lo atestigua John Byron. El color de su piel llamó la atención desde muy antiguo, por ser bastante más claro que el de los restantes grupos de aborígenes australes. Acostumbraban a depilarse el cuerpo, barbas y bigote, pero los ancianos cuando se retiraban de la vida activa se dejaban crecer la barba, costumbre que también se observó en la mayoría de los

¹²¹ GOICUETA., MIGUEL, loc. cit., vol. VI, pág. 484.

individuos entregados al curanderismo y a la brujería. Los ancianos por este motivo inspiraban respeto, especialmente en su carácter de consejeros de las tribus, y de eruditos que sabían relatar las tradiciones de la raza, los mitos y los hechos más destacados sucedidos a lo largo de su existencia.

Los últimos grupos de Chonos observados a fines del siglo pasado, aunque reducidos a la miseria material y moral, siempre fueron objeto de elogiosos comentarios por parte de quienes tuvieron el privilegio de tratarlos, en las regiones inmediatas a los paraderos del Aysen.

VII. EL LENGUAJE. — En la antigüedad los Waytecas debieron poseer un riquísimo vocabulario como lo demuestra el hecho de que habían dado nombre a casi todos los accidentes geográficos de sus dilatadas costas. Muchas de esas denominaciones se conservan en los actuales mapas y cartas de la región.

Las primeras noticias sobre la lengua deben necesariamente buscarse entre los papeles de los jesuitas de la misión de Caylin. El primer informe corresponde al sacerdote Juan Baptista Ferrofino, quien, siguiendo en aquel entonces una norma que ya había dado excelentes resultados en otras partes de América, no bien entró en contacto con ese pueblo se abocó al estudio de su lengua. De ella dice ¹²²: “Intenté hacer un catecismo en su lengua chona, que es muy diferente y más dificultosa en la pronunciación que esta general”.

También el padre Mateo Esteban, contemporáneo de Ferrofino, dice que en pocos meses ¹²³, aprendió la lengua de ellos. Estas anotaciones fueron hechas al comprobarse que de poco y nada sería el conocimiento de la lengua huilliche, cuando se alejaban de Chiloé y comenzaban a tratar a los indios insulares. Los primeros exploradores también observaron que los nativos del golfo de Ancud, si bien se entendían pasablemente con los indios de las costas de Chiloé, más al sud las dificultades iban en aumento constante. Infortunadamente hasta hoy no ha sido posible establecer el paradero de los trabajos del padre Ferrofino, especialmente el catecismo traducido a la lengua wayteca, según consta en su informe a los superiores de su congregación. Desde Caylin hasta las islas Waiianeco, los jesuitas comprobaron que los nativos hablaban al mismo idioma, y al efecto siempre llevaron como guías

¹²² FERROFINO, JUAN BAPTISTA, loc. cit., vol. XIX, pág. 111.

¹²³ MATEO, ESTEBAN, *Colección de Documentos para la Historia Nacional*, tomo XIX, pág. 380.

indígenas que tenían familiares en aquellos remotos paraderos situados en la hora del canal Messier. En las Waianeco, los naturales hablaban el idioma de los Kaulawes, y éstos, como es lógico, también hablaban el de los indígenas que llegaban desde Chiloé, costumbre que, por otra parte, se observó en todos los lugares donde los indios continentales se comunicaban con los canoeros. El padre García Martí, no obstante las interpretaciones dadas a su informe, no sólo llevó indígenas desde Chiloé hasta las Waianeco donde éstos tenían parientes, sino que también comprobó que se entendían perfectamente y sin ninguna dificultad. análogas comprobaciones efectuaron los restantes viajeros jesuitas a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

Fitz Roy, ratificando las noticias aportadas por De Vea en 1675, pudo comprobar que los nativos de Chiloé hablaban el mismo idioma que los indios del archipiélago Madre de Dios, situado cerca del Estrecho, pues dice ¹²⁴: "El lenguaje común es el español, habiéndose olvidado casi la lengua original, que se cree sea la misma de los indios de Madre de Dios, porque en reciente ocasión llegó a Castro un Iobero procedente de esas islas, con un indio que había tomado allí de piloto, y durante la visita el indio se comunicó con los que entendían el lenguaje de los Chonos, y de ellos se hizo entender pasablemente".

Algunos autores insisten en que el lenguaje de los Chonos, distinto del alakaluf, estaba en cambio vinculado al grupo lingüístico tehuelche ona, pero tal hipótesis no es posible ratificarla en base al escaso número de palabras que hemos podido recoger ¹²⁵. En el año 1882 el comandante B. Bossi, que exploró las costas fueguinas, llevó a bordo dos indios Chonos contratados como intérpretes y peones. Luego comprobó que si bien podían resultarle de mucha utilidad a lo largo del Estrecho, en cambio no entendían el lenguaje de los canoeros del sud y del canal Beagle ¹²⁶. Sobre el idioma de los Waytecas pude hacer algunas observaciones puramente casuales en el año 1937; hallándome internado en la enfermería del Regimiento de Comodoro Rivadavia, cierto día los enfermos de las camas de enfrente, promovieron un ruidoso alboroto con el soldado que repartía el rancho. Eran todos muchachos araucanos procedentes de la reserva de Nahuel Pan en el Chubut, y discutían

¹²⁴ FITZ ROY, R., loc. cit., tomo I, pág. 278.

¹²⁵ El vocabulario que sigue, por cierto que muy reducido, fue recopilado casi simultáneamente con un vocabulario de los últimos Patagones, en la región de Puerto Santa Cruz, en el año 1931, y oportunamente entregado a la consideración del Dr. José Imbelloni.

¹²⁶ BOSSI, B., *Exploración de Tierra del Fuego con el vapor Charrúa*.

en su idioma. Al interrogar a nuestro vecino, indio también él, sobre el motivo de la discusión, me dejó asombrado al responder que ignoraba ese lenguaje. Luego de otras preguntas, me aclaró que sus padres eran oriundos de las islas occidentales, en las cuales había nacido, y que por ello no entendía el idioma de los araucanos. No sólo me informó sobre su procedencia, su raza y su idioma, sino que también por primera vez me proporcionó el nombre que daban a su lenguaje, el *wurk-wur-we*, que quiere decir idioma o lengua de las islas.

Se comprobó que todos los grupos australes eran bilingües, y hubo casos de indígenas que demostraron una facultad asombrosa para aprender idiomas. Al respecto basta recordar el cacique Casimiro Bivá o Biguá, un Tehuelche poliglota y el Fueguino Sesko que el comandante Piedrabuena llevaba como intérprete en sus buques. Lo mismo puede decirse de la famosa india María que acaudillaba a los Patagones del Estrecho durante las visitas que efectuó a sus toldos el capitán Fitz Roy. Los Fueguinos que este marino llevó a Inglaterra en 1826, aprendieron pasablemente el inglés, y muchas palabras del castellano y del portugués. Reintegrados a su tierra, treinta años después se pudo comprobar que no habían olvidado el idioma de los británicos¹²⁷. Una de las últimas comprobaciones de que en las islas occidentales se hablaba un lenguaje distinto, fue efectuada en 1908, por la expedición sueca del capitán Karl Skottsberg, cuando se internó en los canales llevando como intérpretes a dos indios canoeros embarcados en las costas del Estrecho¹²⁸. El vocabulario recopilado por esta expedición contiene

¹²⁷ En la segunda edición corregida de la obra de CARLOS R. DARWIN, *Journal of Researches into the Natural History and Geology of countries visited during the voyage round the World of H. M. S. Beagle, under the command of Captain Fitz Roy*, en la última página del capítulo X, una nota dice así: "El capitán Sullivan que desde su viaje en el Beagle, ha estado empleado en la exploración y estudio de las islas Falkland —nuestras Malvinas— oyó decir a un cazador de focas en 1842, que hallándose en la parte occidental del Estrecho de Magallanes, se admiró de que hablara inglés una mujer salvaje que fue al barco. Indudablemente era Fuegia Basket. Vivió, recelo que esta palabra tenga doble sentido, a bordo algunos días". Otro tanto pudieron comprobar en 1853 los misioneros británicos, que prosiguieron la obra de ALLEN F. GARDNER, cuando hallaron a Jemmy Button, en la sonda de Wulaia, situada entre las islas Hoste y Navarino. La mujer citada por Darwin integraba el grupo de Fueguinos llevados a Inglaterra por Fitz Roy, y al regreso, se casó con York Minster, perteneciente a su misma tribu. Los británicos comprobaron que el idioma de Jemmy era distinto del que hablaban Tork y la niña Fuegia, pero no obstante entre ellos conversaban animadamente, y para su asombro, al regresar a Tierra del Fuego, comprobaron que también entendían el idioma de los Selknam.

¹²⁸ SKOTTESBERG, KARL, *Observations on the natives of Patagonian Channel Region*, en *Amer. Anthropol.*, vol. XV, pág. 578.

muchas palabras del alakaluf, y ha servido de argumento para correr hacia el norte la frontera de esta agrupación. Sin embargo, los intérpretes no prestaron ayuda al Dr. Skottsberg, a quien —por otra parte— los pocos indígenas que visitó lo recibieron con manifestaciones hostiles, a tal punto que se vio obligado a desistir de sus propósitos. A continuación transcribimos un reducido número de vocablos del *wurk-wur-we* que hemos reunido personalmente, al que agregamos las pocas y escasas voces anotadas por los viajeros antiguos, pues en ninguna parte ha sido posible hallar un vocabulario chono.

VIII. RASGOS CULTURALES. — Al consultar las crónicas antiguas que tratan sobre los Waytecas, de inmediato llama la atención el hecho que faltan en absoluto noticias sobre episodios guerreros, sublevaciones y hechos de sangre. Al amistoso recibimiento que hicieron a los descubridores, unieron tiempo después un trato similar a los jesuitas que se instalaron entre ellos. Los religiosos viajaron durante meses enteros por entre las islas predicando su apostolado, sin que se cometiera un solo crimen, y sin que motivara queja alguna su comportamiento.

Aun cuando todo el territorio de la vecina Araucanía llegó a estar convulsionado por la guerra que libraban los naturales contra los invasores, tanto en Chiloé como en las islas vecinas se mantuvo la paz y la tranquilidad. Tampoco los insulares de los archipiélagos del sud dieron muestras de belicosidad cuando en el año 1558 naufragó el buque de Cortés de Hojea, pues éste pudo construir sin mayores apremios una nueva embarcación ¹²⁹.

En mayo de 1741 naufragó en una isla del golfo de Penas la fragata inglesa *Le Wager*, navío auxiliar de la flota que comandaba el capitán Jorge Anson, despachada hacia el Pacífico para hostilizar el comercio español ¹⁸⁰.

Los náufragos, luego de sufrir muchas calamidades, deambulando por entre las islas solitarias, fueron finalmente socorridos por un grupo de indios Chonos, que les proporcionaron alimentos y albergue en sus chozas, luego el cacique los condujo en sus embarcaciones hasta Chiloé.

¹²⁹ GOICUETA, MIGUEL, loc. cit., vol. VI, pág. 485.

¹⁸⁰ BYRON, JOHN, *The narrative of the Honourable John Byron (commodore in a late expedition round the world) containing and account of the great distresses suffered by himself and his companions on the coast of Patagonian from the year 1740, till their arrival in England, 1746. (Loss of the Wager, man-of-war); 2^a Ed.*

Como dato curioso y singular, corresponde señalar que mientras los hombres se ausentaron a fin de obtener alimento para el largo viaje, las mujeres en cuya compañía quedaron los británicos diariamente se zambullían en las aguas heladas para recoger mariscos que luego compartían con sus visitantes. El joven guardiamarina John Byron, que integraba aquel grupo de desventurados, fue protagonista de un romántico episodio a raíz de las finas atenciones que para con él tuvo una mujer nativa de extraordinaria belleza, en ausencia de su esposo. Enamorada del joven huésped, le brindó hospitalidad en su choza, y junto con su madre anciana, le proporcionó alimentos y toda clase de cuidados, llegando a instalarle un lecho junto al fuego con sus propias pieles. Así fue como aquel joven marino pudo reponerse de las terribles penurias y calamidades que lo habían convertido en un espectro. Ambas mujeres le prodigaron solícitos cuidados hasta que se produjo el regreso del esposo de la joven wayteca, que puso fin al episodio reprendiendo severamente a su infiel consorte. Episodios de esta naturaleza contrastan con los relatos donde por lo general se acusa a los nativos de cometer toda clase de atrocidades con los infelices que tenían la desgracia de caer en sus manos. Los jesuitas de la misión Nahuel Huapi, llevaron como ayudante a un indiecito chono de diez años, que demostró poseer una rara inteligencia, y prendados de él, a tan temprana edad no vacilaron en nombrarlo sacristán, oficio que desempeñó a entera satisfacción de sus superiores ¹³¹.

Darwin, andando por el interior de Chile entre los indómitos Araucanos, en más de una oportunidad recordó el trato amistoso y cordial de los indios de Chiloé. Los Mapuches, en cambio, recibían de mala gana sus obsequios y rara vez se dignaban darle las gracias. En una ocasión, recordando a los primeros, dice: "Un indio chilote se hubiera quitado el sombrero y dicho humildemente: «Dios se lo pague»" ¹³².

El capitán William Low que embarcó por largas temporadas pilotos waytecas, jamás escatimó palabras de elogio cada vez que se refiere a ellos ¹³³. Desgraciadamente no todos los loberos enaltecieron su condición de marinos al tratar con los indígenas. No satisfechos con explotarlos miserablemente, los abastecían de bebidas alcohólicas de

¹³¹ FURLONG, GUILLERMO, S. J., loc. cit., pág. 96.

¹³² DARWIN, CARLOS B., loc. cit., pág. 367. En español en el original.

¹³³ FITZ-ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 196.

mala calidad y de pésimos cargamentos de tabaco, en cuyo canje los esquilmanaban de cuanto objeto de valor poseían.

Desde muy antiguo, los isleños comerciaban con los indios continentales, pero la llegada de los españoles anuló inmediatamente este tráfico, porque beneficiaba a las tribus sublevadas. Este intercambio había de adquirir gran importancia ya desde la época en que los ejércitos del Inka invadieron Chile, pues los Chonos canjeaban alimentos preparados para ser conservados durante mucho tiempo. La enumeración de estos productos es elocuente pues incluía grandes cantidades de pescado seco y ahumado, carne seca y salada, patatas, porotos, maíz, etc.

Al principio los españoles creyeron que los indios Waytecas acarreaban en sus canoas estos productos para entregarlos gratuitamente a los de tierra firme. El abate Molina dice ¹³⁴: “Trabajan la paja y la lana entremezclando plumas de diversos colores, naturales o teñidos. Son gente de muy buen ingenio. Saben secar la carne y el pescado que luego ahuman a la intemperie y guardan en cestos, tras prepararlos cuidadosamente bajo tierra donde los cocinan por espacio de siete a diez horas, y lo mismo hacen con los tubérculos de las raíces y las papas”.

En 1834, el capitán Fitz Roy pudo observar que aún seguían empleando estos mismos procedimientos, pues anota ¹³⁵: “El procedimiento que para cocinar mejillones utilizan los nativos de las islas, ya sean indios o descendientes de extranjeros, es muy semejante al empleado para cocer el pan en las islas del Mar del Sur y en algunas costas de Nueva Holanda, pues practican en el suelo un hoyo que se llena con grandes piedras lisas, y luego se enciende fuego encima. Cuando están bien calentadas se retiran las cenizas, y se amontonan los moluscos encima de las piedras, cubriéndolas primero con hojas o paja y luego con tierra. El animal así cocido resulta sumamente tierno y sabroso; y esta manera de cocinarlo es muy superior a cualquier otra, pues dentro de la concha se conserva toda la substancia”.

Esta curiosa técnica en la preparación de alimentos era desconocida entre todas las restantes agrupaciones de canoeros.

Pero donde su inteligencia y el alto nivel técnico se manifiestan netamente, es en la construcción de sus canoas. Fueron sin discusión

¹³⁴ MOLINA, JUAN IGNACIO, loc. cit., vol. XXVI, pág. 240.

¹³⁵ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. I, pág. 291.

los más hábiles navegantes de América, exceptuando a los del Mar de las Antillas. No alcanzaron a conocer metal alguno, pero los grandes tablones utilizados en sus embarcaciones eran sólidamente unidos, empleando sogas tejidas con fibras vegetales y tientos de animales terrestres y marinos. Esto les permitía desarmarlas cuando atravesaban el istmo de Ofqui, que une la península de Taytao con el continente, y así las pasaban a hombro hasta la orilla opuesta, donde volvían a armarlas para seguir sus expediciones hacia el sud, eludiendo contornear las peligrosas costas donde se estrella la reventazón del Pacífico. El uso de amplias velas, posibilitó sus rápidos desplazamientos, pues no llegaron a conocer su empleo más que con el viento a favor. D'Orbigny, que nunca vio a los Chonos, sostiene que navegaban en groseras almadías, pasando por alto las importantes noticias que sobre estas embarcaciones habían proporcionado los religiosos jesuitas y los primeros cronistas que acompañaron a Valdivia en la conquista del sud de Chile ¹³⁶.

Goicueta, primer relator de los viajes de Ulloa y Ladrillero, dice que las canoas vistas sobre los 43°, es decir al norte de Taytao, eran de tablas cosidas ¹³⁷ "como batiquines de Flandes". Añade que eran muy ligeras, y vieron gran cantidad a lo largo de su ruta. Las describe como de construcción ingeniosa, asombrándose de que navegaban por aquellos mares bravíos. También pertenece a este cronista la primera descripción de la vivienda wayteca, pues dice ¹³⁸: "Las casas están forradas de espartillo, cual si imitaran a los pájaros en el nido. La hechura es como una luna de cuatro días con puntas elevadas". De Vea, que las observó en la desembocadura del río San Tadeo, las describe simplemente como unos ranchillos, sin agregar nada más que resulte de interés. Sarmiento de Gamboa describe una choza vista más al sud ¹³⁹: "Una choza baxa y redonda hecha de varas en tierra y cubierta de cortezas anchas de árboles y cueros marinos". Parecería tratarse en este caso de una vivienda de los Kaukawes, en las proximidades de la isla Campana. En estos mismos lugares los británicos de la *Beagle* en puerto Santa Bárbara observaron algunas chozas desiertas que tenían idéntica construcción que los wigwams fueguinos,

¹³⁶ D'ORBIGNY, ALCIDES, loc. cit., pág. 230.

¹³⁷ GOICUETA, MIGUEL, loc. cit., vol. VI, pág. 515.

¹³⁸ GOICUETA, MIGUEL, loc. cit., vol. VI, pág. 484.

¹³⁹ SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO, *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. VII, pág. 446.

aunque les parecieron mucho más grandes. De las viviendas primitivas de Chiloé en la época de la conquista no existen descripciones, pero se supone que debieron ser similares a las de los archipiélagos vecinos, pues las chozas levantadas en torno de las misiones no ofrecían novedad.

Todos estos insulares iban mejor vestidos que los meridionales de Tierra del Fuego, donde el clima es mucho más frío.

Una de las costumbres más típicas de los Chonos, fue la de sepulturar sus muertos en grandes necrópolis naturales. La primera de estas cavernas fúnebres fue descubierta y descripta por Cortés de Hojea, a la cual denominó Cueva Infernal, por el impresionante aspecto que ofrecía ¹⁴⁰. El cirujano Elliot, de la fragata inglesa *Le Wager*, inspeccionó una de estas cavidades situada en el extremo septentrional del golfo Tres Montes ¹⁴¹. Intrigado al descubrir un sendero entre la maraña, lo siguió hasta dar con una abertura que lo condujo a un subterráneo. Siguiendo este camino, finalmente llegó no sin inconvenientes a una amplia caverna iluminada por una abertura en lo alto que no pudo comprobar si era natural o si había sido abierta por la mano de los nativos. En una tarima, dice que había varios cadáveres completamente desnudos y sin huellas de descomposición, es decir secos y endurecidos, pero sin presentar señales de que se hubiera intentado embalsamarlos. También el capitán Williams Low, halló posteriormente una cueva funeraria en las islas Madre de Dios, y otros navegantes y loberos han efectuado análogos descubrimientos en distintos puntos de la Patagonia occidental ¹⁴².

Este tipo de sepulturas colectivas, que parece extenderse a lo largo de toda la región del Pacífico, no han sido observados más al sur del Estrecho, prueba evidente de que era una costumbre propia de los Chonos, y de las tribus que con ellos se comunicaban. Colocaban los cadáveres en posición horizontal, acostados y a lo sumo cubiertos de ramas, pero dejando siempre el rostro descubierto. Todas las demás tribus australes, cubrían los cadáveres con tierra y piedras, los ocultaban en los huecos de los árboles y en algunos casos se sospecha que los incineraran. La costumbre de colocarlos sobre tarimas o troncos, como señalaba Elliot, posiblemente la ejercitaban los Waytecas del norte, pues hacia el sud todos los cadáveres y esquelos observados

¹⁴⁰ GOICUETA, MIGUEL, loc. cit., vol. VI, pág. 442.

¹⁴¹ *Anuario Hidrográfico de Chile*, vol. VI, pág. 442.

¹⁴² FITZ ROY, R., loc. cit., tomo II, pág. 191.

yacían directamente sobre el suelo. Los niños eran colocados enteramente desnudos con algunas ramitas clavadas a su alrededor, pues según sus creencias, todos ellos algún día habían de resucitar convertidos en pajaritos. Nada dejaban al lado de sus muertos, por creer que en la otra vida quienes lo merecían vivirían felices en una especie de paraíso llamado *Awitem* ¹⁴³.

A todo personaje importante, se le rendían grandes honores y su cadáver era llevado a un sitio cercano al canal de Ninualac y sepultado en una caverna natural o excavada por sus propios deudos. Si nos atenemos a sus creencias, en la vecindad de este canal, tan caro a sus afectos, deben encontrarse muchos enterratorios, pues se sabe que allí llevaban a todos sus caciques, avanzando la caravana de canoas con fuegos encendidos sobre lechos de arena. En esta forma avisaban a sus vecinos que llevaban un cadáver, y una vez depositado en el lugar los humos eran apagados rápidamente y ellos se alejaban presurosos. Durante sus viajes ordinarios, no llevaban fuego alguno en las embarcaciones, aun cuando una antigua leyenda se refiere a este uso.

De sus relaciones culturales con los Mapuches, Fitz Roy dice ¹⁴⁴: “...lo cierto es que los Chonos enseñaron a los Huiliches la manera de construir canoas. Procedentes de un distrito interior, cerca de Valdivia, los Huiliches jamás habían necesitado botes; pero en cambio sabían cultivar la papa, el maíz, los perotos, tejer ponchos y cuidar cvejas y ganado”.

Si bien los rudimentarios conocimientos de las labores agrícolas no estaban enteramente arraigados entre la población insular, lo cierto es que en la época del descubrimiento ya se habían extendido a las lejanas islas de Wafo y Wamblin y hasta los Waytekas de las islas Waianeco recolectaban papas silvestres, las que en tan apartadas latitudes se reducen a una raíz larga, insípida y acuosa. La domesticación del ganado en la isla de Chiloé fue introducida por los grupos Huiliches en épocas no muy anteriores a la fecha del descubrimiento, pero en cambio los Chonos, habían ya domesticado una especie de pequeños canes lanudos que parecen ser oriundos de aquellas regiones. Estos animalitos eran adiestrados para arrear pescado en las horas de pleamar hacia los lugares que los indios preparaban y luego cerraban con sus redes y cercos. Cuando aprendieron el arte de tejer, en casi todas

¹⁴³ En su oportunidad explicaremos algunos mitos y leyendas waytecas.

¹⁴⁴ Fitz Roy, E., loc. cit., vol. I, pág. 290.

las islas estos perros eran esquilados, para aprovechar la lana en reemplazo de la del guanaco que se industrializaba en Chiloé y entre las tribus de la costa.

La organización de las tribus Waytecas ostentaba un nivel superior al que se conoció entre los Fueguinos. Las canoas por ejemplo, eran propiedad colectiva de todos aquellos que habían participado en su construcción. La posesión de la canoa individual era desconocida entre ellos. Para construirlas se asociaban diez o más indígenas, que aprovechaban el viaje de sus amigos a los lejanos paraderos donde abundaban los árboles elegidos, y procedían a voltearlos con la debida anticipación. Durante los trabajos de rasado y raspado de los tablonces se observaba una estricta disciplina, bajo la experta mirada de algún anciano que dirigía las operaciones. Unos grupos salían en procura de alimentos y los restantes trabajaban sin descanso de sol a sol. La botadura de la embarcación no era celebrada con ninguna clase de ceremonias, pero una vez terminada, cada tripulante debía construirse su propio remo, el cual era de uso exclusivamente particular. Luego al embarcarse por primera vez, cada uno ocupaba su puesto como remero y en lo sucesivo se respetaba siempre el mismo orden.

La embarcación debía ser lo suficientemente espaciosa como para poder transportar a las familias de todos los asociados, como también una buena parte de sus enseres. Los alimentos obtenidos en las expediciones, eran equitativamente distribuidos por el más anciano de los hombres que integraban la tribu. Cada canoa aglutinaba una pequeña tribu, pues de su debido empleo dependía la existencia de todos, pero en caso de necesidad los más afortunados auxiliaban a sus amigos a quienes la suerte no resultaba propicia.

Casi todas las embarcaciones waytecas llevaban siempre a un anciano en calidad de piloto y de experto, que los guiaba hacia las roquerías donde cazaban y pescaban. Simultáneamente estos viejos eran los encargados de pronosticar el tiempo y decidir sobre si se proseguía viaje o se buscaba refugio en algún lugar abrigado, motivo por el cual su palabra era tenida en mucha estima.

Durante la estación invernal, época poco favorable para navegar, los hombres se entregaban a la tarea de preparar sus arpones, redes, anzuelos de hueso y espinas de pescado curvadas a fuego. Cada tripulante guardaba en bolsitas de cuero sus aparatos de pesca, excepto aquellos que como el arpón y el garrote para matar lobos, eran empleados como armas en caso de necesidad.

Dado su carácter pacífico —en tres siglos no se les conoce guerra intestina— hacían escaso uso del arco y de la flecha, relegados a la condición de armas auxiliares para cazar aves y accidentalmente algún animal terrestre. En cambio, eran muy hábiles honderos, especialmente en las islas del sud, donde se observó una cultura inferior a la de Chiloé y archipiélago de Los Chonos. Los instrumentos para su trabajo manual no ofrecen novedades de interés, pues se reducían a leznas de madera y hueso, cuchillos de hueso y piedra, raspadores, tenazas para cocer moluscos, etc.

Se sospecha que en la antigüedad debieron poseer algún sistema para orientarse en alta mar durante los días de espesas neblinas y de noche, pues de otra manera no es posible explicar que llegaran a internarse tan lejos de la costa, yendo directamente a las islas Wamblin y Wafo. En cambio, cuando la tempestad los sorprendía en alta mar, se limitaban a alzar los remos y arriaban la vela, dejándose arrastrar por el temporal que allí casi siempre sopla del interior del océano hacia la costa, y por lo mismo no corrían riesgo de extraviarse. Si bien se sabe que conocían perfectamente las direcciones del viento y que aun con horizonte limitado y sin visibilidad sabían orientarse, lo cierto es que aun en estas condiciones regresaban siempre a los lugares de donde habían zarpado, sin que haya sido posible averiguar de qué medios se valían en estas circunstancias que tanto asombro causaron a los más veteranos y experimentados capitanes loberos.

Tanto para ir hacia los paraderos del sud, como para regresar hacia el norte, aguardaban la época en que los vientos durante breve tiempo predominan en esa dirección, es decir la primavera de norte a sud y en otoño cuando comienza a soplar el *Arikm*, nombre del viento sud. Para emprender estas excursiones aguardaban el momento en que comienzan a movilizarse las aves migratorias, especialmente las avutardas, que en número realmente fabuloso invaden algunas islas para anidar apenas se insinúa la primavera. En esta misma época y en base a las mismas observaciones, se movilizaban los indígenas que habitaban los senos interiores al sud de la isla Wellington.

Con respecto a sus creencias y a sus mitos, hasta el presente no se ha efectuado ninguna recopilación, pero existen constancias sumamente interesantes en las crónicas de los jesuitas, especialmente en el diario del viaje de García Martí, Nicolás Mascardi y en la obra de Fitz Roy.

Sobre este particular, se señala que este pueblo era extremadamente supersticioso y muy dado a creer en brujerías y maleficios,

desviación que se acentuó a partir de la época de la conquista, y en modo especial cuando el alejamiento de los jesuitas les privó de todo auxilio espiritual.

IX. CHILOÉ¹⁴⁵. — Sobre los habitantes prehistóricos de Chiloé, el profesor Osvaldo A. Menghin, dice¹⁴⁶: “La isla de Chiloé contiene poco material arqueológico, limitándose a guijarros trabajados de una manera rudimentaria sobre un lado (Bird los llama *handaxes*, pero no son verdaderas hachas de mano del tipo bifacial protolítico), lascas sin retoques y pequeñas placas de arenisca. En las capas superiores se manifiesta claramente la influencia de una cultura neolítica. Aparecen hachas cilíndricas, finas puntas con retoque bifacial de presión, restos de dalcas (embarcaciones fabricadas con tablas), y en la superficie, también alfarería muy reciente. Se trata de irradiaciones de la cultura araucana. La cultura básica, en cambio, tal vez puede atribuirse a los Chonos, que ya en tiempos históricos fueron expulsados de la isla”. Este mismo autor explica el derrotero de los canoeros hacia el sud por la costa atlántica, y en base a un gran acopio de informes, sostiene que luego remontaron la costa del Pacífico hasta llegar a Chiloé. Descarta que esta antiquísima población llegara procedente del norte, luego de atravesar la árida región de los desiertos chilenos sobre la costa del Pacífico¹⁴⁷.

La influencia absorbente de la cultura araucana queda de manifiesto al investigar el pasado histórico de Chiloé, pues se destaca con mucha nitidez e intensidad que entre los grupos de la llanura argentina, Río Negro y Chubut. Estas tribus se proveían a través del Neuquén, ya araucanizado desde muy antiguo, de productos de la industria mapuche, especialmente tejidos¹⁴⁸. A diferencia de lo que ocurría en las fronteras orientales, donde los Mapuches eran rechazados por los Patagones, en la parte occidental aquéllos mantuvieron con los Chonos una amistad inalterable que se pierde hasta en las tradiciones Waytecas.

¹⁴⁵ Primitivamente esta isla fue llamada Chil-hue y Chilue y así figura en las crónicas iniciales. GOICUETA, MIGUEL, loc. cit., pág. 439, dice relatando su descubrimiento: “Hallé una isla muy grande que los indios llaman Chilue, con mucha población y tierra de muchas ovejas, con tanta gente como en Arauco”. Los descubridores llamaron a toda la isla y regiones adyacentes, de los Santos Cuatro Coronados en homenaje a la festividad religiosa y posteriormente fué llamada también Chonia y Provincia de los Coronados.

¹⁴⁶ MENGHIN, OSVALDO A., *Derrotero de los Indios Canoeros*, en *Archivos Etnológicos*, Serie B, N° 2, pág. 10; 1952.

¹⁴⁷ MENGHIN, OSVALDO A., loc. cit., pág. 11.

¹⁴⁸ FURLONG, GUILLERMO, S. J., loc. cit., pág. 17.

En la época del descubrimiento una gran parte de la costa de Chiloé sobre el golfo de Ancud, estaba habitada por grupos araucanos, lo mismo que algunas islas intermedias, pero el resto de la región aún permanecía en manos de los Chonos. La llegada de los españoles al sud de Chile interfirió y anuló por completo la amistad que cultivaban ambas agrupaciones, perjudicando el adelanto cultural de todos los insulares.

La isla fue conquistada sin violencias, pero de inmediato, al descubrirse algunas minas, los conquistadores hicieron trabajar a los nativos como esclavos, y éstos aceptaron mansamente las nuevas imposiciones. Simultáneamente quedó cortado el tráfico que mantenían con las tribus continentales, a las cuales abastecían de gran cantidad de alimentos, que los invasores aprovecharon desde entonces en su beneficio.

Bajo el peso de la esclavitud, los desventurados Chonos, comenzaron a sucumbir en gran número ¹⁴⁹. Simultáneamente estallaron terribles epidemias importadas por los europeos. Los sobrevivientes, aterrados ante la persistencia del azote, huyeron en sus canoas y retornaron a la vida nómada, pasando al sud de Taytao. Al huir los Chonos, los españoles favorecieron la inmigración huiliche por varias razones. En primer término porque necesitaban esclavos, pues la guerra con los Araucanos raleaba constantemente sus filas y la prosperidad de la isla amenazaba con derrumbarse. Otra razón de peso eran las grandes matanzas de nativos que efectuaban los Araucanos cuando recrudecía la guerra. Sin consideraciones ni compasión pasaban a degüello a todos aquellos que colaboraban con los invasores, de modo que era necesario poner a salvo en las islas a la población huiliche amiga de los conquistadores. Desde esa fecha prevaleció en Chiloé esta agrupación, dedicada al cultivo de la tierra y al trabajo de las minas. Tiempo después, al instalarse las misiones jesuitas, éstos calcularon que la isla albergaba unos quince mil varones —en 1610— los que junto con sus mujeres e hijos, fácilmente superaban las cuarenta mil almas ¹⁵⁰. Todo induce a suponer que con anterioridad a la fecha del descubrimiento, este número debía ser el mismo o aún mayor, pues la isla siempre fue el centro de un activo tráfico comercial. Repuestos del cataclismo, los Chonos aunque observaban con justificada desconfianza lo que sucedía en la isla,

¹⁴⁹ FRITZ ROY, B., loc. cit., vol. II, pág. 383.

¹⁵⁰ FERROFINO, JUAN BAPTISTA, loc. cit., vol. XIX, pág. 108.

comenzaron a retornar desde los paraderos del sud. Como la tranquilidad que allí se disfrutaba no sufrió alteraciones dignas de mención, los jesuitas pudieron instalarse sin ningún contratiempo.

Las misiones alcanzaron rápida prosperidad, y los religiosos se ganaron la confianza de los isleños. Se implantó el mismo sistema que en las selvas paraguayas con los Guaraníes. Caylín, llamado 'El Fin de la Cristiandad', era un feudo jesuita estratégicamente ubicado, que no tardó en atraer a todos los Chonos desde las Waianeco hasta el golfo de Ancud. Al brindar a los nativos un trato mucho más benigno que el impuesto por los soldados, volvió a ser cultivada la tierra, y sus productos eran repartidos en partes proporcionales. A los indígenas se los obligaba a trabajar para ganarse el sustento, y a la vez se restableció su primitiva manera de comerciar. A cambio de sus cargamentos de pescado, pieles y productos agrícolas de las islas, se les proporcionaban tejidos y baratijas. A los que se radicaban en torno a la misión se les construía una vivienda y se les asignaba una parcela de tierra para arar. Sin ninguna violencia se los adoctrinaba, enseñándoseles los principios de la nueva religión, que no tardó en contar con millares de creyentes, unos por propia convicción y otros por simples conveniencias de orden material. Pero lo cierto es que mientras en el continente se libraba una guerra feroz y despiadada, la paz en Chiloé no sufrió alteraciones. La isla resultaba una especie de paraíso lindando con la región infernal donde se cometían toda clase de atrocidades por parte de ambos bandos. Sin embargo los españoles recibieron desde allí valiosa ayuda y una colaboración inestimable por parte de los religiosos, que simultáneamente administraban con su conocida sobriedad aquella colonia. Cualquier rebelión que hubiera estallado entre los insulares, habría forzado a los conquistadores a retirarse definitivamente. El tacto y la cordura de los sacerdotes evitó que tan delicada situación hiciera crisis en los momentos más dramáticos, cuando eran transportadas a la isla las familias huiliches víctimas de la ferocidad y del odio mapuche. En 1766, la situación de los Chonos volvió a complicarse con motivo de la expulsión de los jesuitas decretada por el monarca español. Los nuevos religiosos que se hicieron cargo de las misiones prodigaron un trato muy distinto a los nativos. Les impusieron diezmos y primicias que anualmente eran recolectados sin ninguna consideración, despojándolos hasta del trabajo de todo un año. Espiritualmente quedaron abandonados y sus creencias degeneraron en prácticas bru-

jeriles, las cuales unidas a las primitivas concepciones religiosas de los nativos, los convirtieron en gente sumamente supersticiosa.

La isla volvió a empobrecerse, y los Chonos en su mayoría retornaron a la vida nómada, a fin de evitar que se los explotara. Fitz Roy que visitó esta isla en 1834 divide la población en cuatro clases ¹⁵¹: “los aborígenes huyhuenches o Chonos; los huiliches provenientes del sud de Chile; los extrangeros, aquéllos que no nacieron en Chiloé ni descienden de chilotes, y los criollos”. En lo que respecta a los Chonos agrega “han desaparecido casi, por enfermedades y emigración, abandonando gradualmente no sólo a Chiloé sino también a las islas Chono adyacentes, y sólo se encuentran ahora hacia el sud”. En otro párrafo ratifica que “los Chonos habitaban el archipiélago del mismo nombre y parte de Chiloé”.

Modernamente algunos autores, prescindiendo de la documentación histórica y desconociendo el proceso etnológico que se ha operado en los últimos siglos, no vacilan en asignar también a Chiloé un sitio aparte en los mapas etnográficos ¹⁵². Desconocemos los motivos que los impelen a tomar esta decisión, pasando por alto consideraciones históricas muy dignas de respecto, sin proporcionar amplias explicaciones. La documentación histórica demuestra que la población primitiva de Chiloé integraba el conjunto wayteca.

Actualmente los habitantes de Chiloé y de los archipiélagos son denominados *chilotes*, nombre que se ha extendido también a los mestizos araucanos. El origen del Chilote es ampliamente conocido, pues procede de los cruzamientos raciales iniciados en la época de la conquista, entre Huiliches, Chonos y europeos. El nombre, un adjetivo despectivo, les fue endosado por los mismos chilenos del norte, al finalizar el siglo XVIII, pues anteriormente eran denominados Chiloenses, tal como figura en las crónicas de la conquista. Los relatos sobre el carácter y las aptitudes de los Chilotes son contradictorios. Para algunos observadores se trata de gente noble, industriosa y dócil —opinión que no vacilamos en compartir— y para otros son gente haragana, deshonesto y pendenciera. Esta última opinión está consolidada porque se ha confundido a los Chilotes con los residuos de las tribus araucanas y los mestizos continentales, gente que se caracteriza por su poca o

¹⁵¹ FITZ ROY, R., loc. cit., vol. II, pág. 379.

¹⁵² COOPER, JOHN M., loc. cit., vol. I, pág. 15.

ninguna disposición para el trabajo disciplinado¹⁵³. En ambos grupos, la afición por las bebidas alcohólicas constituye el defecto principal, y por ello se los califica muy duramente.

El Chilote moderno es un tipo recio, de contextura maciza y de estatura mediana. Los cabellos son lacios y negros, la piel ligeramente bronceada, pero más clara que el color de los actuales Araucanos. Han adquirido nuevas características, mas en general conservan sus antiguas costumbres. Su principal fuente de alimentos sigue siendo el mar, y periódicamente salen a pescar y a recolectar mariscos, tal como lo hacían sus antepasados.

Físicamente se destacan por la asombrosa resistencia que demuestran cuando se trata de afrontar el frío y la humedad. Casi todos son excelentes marinos, y difícilmente se encuentra por el momento gente más sufrida, capaz de soportar rudos trabajos en condiciones tan precarias como las de los establecimientos ganaderos de ambas bandas de la cordillera, donde es habitual observarlos en las épocas de faena. Se concentran en gran número para los trabajos llamados de señalada, rodeos, esquila en verano y arreo de corderos hacia los frigoríficos hasta abril y mayo. Al comenzar el invierno regresan a la región occidental, y sólo vuelven a dispersarse en octubre en busca de trabajo¹⁵⁴.

Estas ocupaciones los atraen intensamente porque están de acuerdo con sus antiguos hábitos nómadas. Las mujeres y los niños quedan en los rancharíos entregados a las tareas propias del hogar junto con los

¹⁵³ TORRES, FRANCISCO A., *Frontera Neuquina*, pág. 132; Buenos Aires, 1942.

¹⁵⁴ Para poder apreciar y valorar la extraordinaria resistencia física de esta gente, es necesario previamente explicar la forma sumamente penosa en que se trabajaba en los campos de la Patagonia hasta hace algunos años.

Los esquiladores vivían aferrados a las tijeras durante tres meses a razón de ocho horas diarias, doblados bajo las guías pelando y volteando animales sin cesar. En algunos sitios los hemos visto trabajar bajo tinglados, azotados por el huracán, envueltos en sudor, con los torsos desnudos durante diez horas diarias. Por la falta absoluta de comodidades en los establecimientos, dormían al reparo de los matorrales o los cercos, tendiendo simplemente un cuero de oveja sobre la tierra, cubiertos con una manta y una lona si la poseían. En caso de lluvia o nieve, donde había galpón se refugiaban al lado de los Bretes malolientes junto a los animales, y si faltaba esta comodidad alzaban una lona a manera de toldo junto a las matas. En algunos campos hemos sido testigos de fuertes nevadas en pleno mes de enero, es decir durante la esquila. La falta de higiene era absoluta, pues debían lavarse en los bebederos de los animales o en los tanques de los molinos, siempre a la intemperie bajo el azote del huracán o bajo los efectos del frío en los campos de las mesetas. En algunos lugares nos causó no poco asombro ver cómo por las mañanas, a la luz de las estrellas, rompían la escarcha de los bebederos para higienizarse, y poco después ya entregados a la diaria faena transpiraban copiosamente. Su alimentación se componían invariablemente de carne hervida al mediodía y asado

viejos, tejiendo mantas, preparando cueros, fajas tejidas con lana de colores, etc. hasta que regresan los hombres para pasar el invierno.

La población de Chiloé y de los archipiélagos adyacentes siempre fue muy numerosa, pues el censo que las autoridades chilenas ordenaron realizar poco después de capitular la guarnición española —último foco de resistencia realista en aquella nación— dio por resultado cuarenta y dos mil habitantes, vale decir que se había vuelto a convertir rápidamente en el populoso centro de la época del descubrimiento.

X. PANORAMA ACTUAL. EL DESCALABRO DE LOS ISLEÑOS AUSTRALES. — El descubrimiento de algunos residuos de canoeros en la isla Wellington, que difícilmente hoy alcanzarán a un centenar, ha dado origen a una serie de confusas hipótesis¹⁵⁵. En lo que atañe a ese grupo, no existen datos cuyo análisis pueda llevarnos a erróneas interpretaciones, por lo menos a partir de la época en que se fundó la misión religiosa de la isla Dawson, en el año 1889. A partir de esa fecha, los misioneros salesianos establecieron una franca competencia con la misión protestante fundada en el canal Beagle por los británicos en 1852. Unos y otros trataban de ganar para su respectiva influencia a todos los indígenas que vagaban por aquellas regiones, y a tal efecto poseían embarcaciones que inspeccionaban periódicamente los canales en busca de futuros feligreses. Desde entonces en la misión de bahía Harris —actual puerto San Rafael— comenzaron a mezclarse grupos indígenas procedentes de todas las regiones, tal como pueden atestiguarlo algunos religiosos que todavía viven. Dada la estratégica situación geográfica de ese centro, predominaban indígenas del conjunto Alakaluf, pero no faltaban allí los Selknam, Yámanas, Tehuelches y algunos Chonos¹⁵⁶. Así fue como

por la noche, acompañado siempre de galletas duras, llamadas de campaña. El desayuno y merienda se componía de mate cocido sin leche, con bifés fritos en grasa y galleta.

Sin embargo esta gente jamás se enferma y soporta con inexplicable entereza tan duras condiciones de trabajo, hoy felizmente muy mejoradas. La vida de los peones, mestizos en su mayoría, era tanto o más dura que la de un esquilador, pues se levantaban al alba —allí amanece a las tres de la mañana en verano— y salían al campo en busca de animales, finalizando recién a la hora del crepúsculo —entre las veintiuna y veintidós horas— cuando desensillaban los caballos y se retiraban a descansar. Para esta clase de trabajos, el Chilote es considerado como irremplazable por su resistencia.

¹⁵⁵ HAMMERLY DUPUY, DANIEL, *Revista Geográfica Americana*, pág. 117; *Ciencia e Investigación*, loc. cit., pág. 492, y *Euna*, por el mismo autor, vol. V, pág. 134; 1952.

¹⁵⁶ *Argentina Austral* N° 160. En las abundantes notas gráficas puede apreciarse fácilmente la mezcla aborigen habida en San Bafael.

llegaron a concentrarse durante mucho tiempo más de un millar de aborígenes, a quienes los religiosos administraban sobriamente empleando métodos parecidos a los que siglos atrás habían puesto en práctica los jesuitas en Chiloé y en el Paraguay. El cruzamiento entre todas las agrupaciones, como es de suponer, adquirió gran importancia, y simultáneamente dio origen a una extraña mezcla de dialectos.

No muy lejos de la isla Dawson, en la costa norte del estrecho de Magallanes, florecía la colonia chilena de Punta Arenas, y en los alrededores se instalaban las tribus que permanecían libres, para comerciar sus productos. Los grupos Tehuelches la visitaban periódicamente, y lo mismo sucedía con los indios del oeste, es decir los Sewa-kenk y los Kau-kawes. Para estos últimos grupos, los viajes hacia el norte perdieron todo atractivo, pues el comercio que efectuaban con los Chonos y los loberos, lo realizaron desde entonces y con mayores ventajas en la colonia de Punta Arenas.

Las regiones occidentales quedaron casi enteramente despobladas, pues el número de indígenas disminuyó ampliamente, debido a las epidemias y al atractivo que sobre ellos ejercían las misiones.

La puja que por esa misma época entablaron Chile y nuestro país con objeto de incorporar las regiones del Estrecho a su patrimonio territorial, no tardó en dividir a los Tehuelches en dos bandos irreconciliables, protegido cada uno por su respectivo gobierno. Los que se decidieron por la nacionalidad argentina eran capitaneados por los caciques Casimiro Biva y por Orkeke, y los chilenos seguían al no menos conocido Papón, que acaudilló finalmente a todos los indígenas occidentales. Las autoridades chilenas, que dicho sea de paso no simpatizaban con la obra de los misioneros, intentaron un meritorio ensayo para incorporar a la civilización un grupo de casi ciento sesenta aborígenes¹⁵⁷. Pero el intento resultó un fracaso, y antes de que los indios —isleños en su mayoría—, se desbandaran, fueron enviados a la isla Dawson, mientras algunos se incorporaron a las tribus continentales. En la isla, los Alakalufes haciendo honor a sus belicosos antecedentes promovieron un desorden y agredieron a los misioneros, convulsionando a toda la población indígena, que rápidamente se desbandó. Es bueno recordar que los nativos cuando se cansaban de estar acampados en los alrededores de la misión, se marchaban en sus canoas a los antiguos

¹⁵⁷ BRAUN MENÉNDEZ, OSCAR, *Pequeña Historia Patagónica, Pequeña Historia Fueguina y Pequeña Historia Magallánica*.

paraderos. Allí iba a buscarlos pacientemente el buque de la misión, pero no tardaron en advertir que dicha nave jamás enfilaba hacia los archipiélagos situados en la boca occidental al norte del Estrecho. En lo sucesivo estas fugas tuvieron una meta, que no mortificó a los abnegados religiosos, pues se trataba de indios rebeldes y de mal carácter que perturbaban la paz y la tranquilidad. Su existencia no era ignorada, pero considerados refractarios a la civilización, se prefirió no insistir con nuevos intentos. Estos fugitivos nunca fueron muy numerosos, sin embargo dieron origen al reducido núcleo de sobrevivientes que hoy habitan las costas de la isla Wellington.

Los habitantes históricos de la isla Wellington, según observamos en las crónicas antiguas, fueron los Kaukawes en las costas interiores, y los Chonos en la parte del Pacífico ¹⁵⁸. De esto quedan pocas dudas, luego de repasar las crónicas de los jesuitas y los diarios de los exploradores españoles; no obstante es necesario aguardar que futuras investigaciones proporcionen datos más precisos. Sus antecesores, según la hipótesis del profesor Osvaldo A. Menghin, debieron ser los Chonos que finalmente se radicaron en la isla de Chiloé, donde efectivamente se ha observado vestigios de una cultura sumamente primitiva, pero que aún no ha podido ser estudiada y clasificada con la debida atención ¹⁵⁹.

El número de canoeros mermó rápidamente a partir del momento en que comenzaron a funcionar las misiones. En la misión de San Rafael, llegaron a concentrarse hasta 3500 indígenas, número realmente extraordinario, que por diversas causas —violentas epidemias— en pocos años quedó reducido a la insignificante cifra de sólo 136 individuos. Esta misión perduró hasta el año 1911, cuando ya casi no quedaban aborígenes en aquellas regiones. Los antecedentes de la misión británica en el canal Beagle, son igualmente deplorables. Todos los esfuerzos de los religiosos resultaron estériles para incorporar estas tribus a la vida civilizada. Desde 1850, en que el número de Yámanas se calculaba en unos dos mil, fue decreciendo rápidamente hasta 1888, año en que la misión fue trasladada a una caleta situada al norte de la isla Baily del archipiélago Wollaston. En 1893, en vista del reducido número de indígenas, pasó a la bahía Tekenica, y desde allí a orillas

¹⁵⁸ FREZIER, M., *Relation du voyage de la mer du Sud aux côtes du Chili et du Perou*, pág. 78; Paris, 1732.

¹⁵⁹ MENGHIN, OSVALDO, A., loc. cit., pág. 10.

del río Douglas en la isla Navarino (1906). Perduró hasta 1915, cuando se consideró que los Yámanas habían desaparecido por completo de aquellos escenarios, y sólo quedaban escasas familias radicadas en los alrededores de la población de Ushuaia.

A lo largo de su accidentada existencia, estas misiones acopiaron un gran caudal de informes sobre los nativos de Tierra del Fuego y de la costa patagónica del Estrecho, recopilando extensos vocabularios y proporcionando algunas noticias sobre sus primitivas creencias. Pero dada la escasa vinculación que mantuvieron con las tribus de la Patagonia occidental, nada nuevo han podido aportar para la investigación de sus habitantes. De algunas obras del siglo pasado es posible desglosar noticias que aluden superficialmente a los canoeros occidentales. Tal es el caso del curioso párrafo que nuestro explorador el perito Francisco P. Moreno, dedica a una sepultura en que descubrió una momia raramente ataviada, que en un principio atribuyó a los Chonos, agrupación ya descalabrada en aquella fecha (1878). El inventario arqueológico hecho por Moreno aparta dicha sepultura de los tipos corrientes que se han hallado en territorio que históricamente ocupaban los Patagones, pues dice así¹⁶⁰: “Las barrancas verticales están cubiertas de signos trazados por la mano del hombre. Tengo delante más o menos los mismos vestigios que en medio de las selvas lujuriosas y al lado de fragosas cataratas del Orinoco, revelaron al ilustre Humboldt la existencia de un gran pueblo antiguo y extinguido. Estas inscripciones aunque más humildes y menos complicadas que aquellas revelan aquí, al borde del gran lago austral, el paso y quizás también la prolongada morada de hombres más perfectos moralmente que el Tehuelche, que no tiene otra idea del dibujo que las informes rayas y puntos que traza al reverso de los quillangos. Estas inscripciones se extienden en la escarpa del promontorio, en grupos aislados, representando cada uno una combinación de distintas figuras; adelantaré que en el primer grupo si se exceptúan unas dobles sucesiones prolongadas de puntos rojos que en un extremo se unen y que probablemente en un principio hicieron parte de un tosco dibujo de forma animada y que se hallan situadas a ambos extremos del fragmento de la barranca sobre la cual han sido pintadas, se nota gran semejanza en estas combinaciones de signos con las que han sido descubiertas en el territorio del Colorado, en Arizona y Nueva Méjico, y que allí han sido trazadas en peñascos de

¹⁶⁰ MORENO, FRANCISCO P., *Viaje a la Patagonia Austral*, pág. 174.

estructura igual a los que menciono". Luego de continuar con la descripción y comparación de estos petroglifos con los descubiertos en aquella fecha en otros lugares del continente americano, añade: "Con algún trabajo prosigo yo mismo la investigación y tengo la felicidad de extraer del fondo de la cueva, un cuerpo humano bastante bien conservado y que ha sido inhumado, envuelto en cueros de avestruz y cubierto luego con pasto y tierra, sobre la cual he recogido dos cuchillos de piedra y una punta de flecha de la misma materia. El cuerpo está pintado de rojo; la posición en que se encontraba es análoga a la de las momias del Perú y a la disposición en que las tribus pampeanas sepultan a sus muertos". Luego de explicar otros detalles continúa: "Esta momia tiene el cabello casi cortado a la raíz, y esto, junto con la pintura roja con que ha sido cubierto el cuerpo en vida o después de la muerte, me hace pensar que quizás ella pertenezca a un Fueguino, no de los que habitan la gran isla sino del continente, que vivían en el tiempo en que Francisco Sarmiento de Gamboa, hizo su memorable expedición al estrecho de Magallanes. Este navegante menciona mujeres con el pelo cortado y el cuerpo pintado de rojo. Sin embargo creo que la momia en cuestión es un hombre, y de muy elevada estatura. Otros antiguos navegantes descubrieron también huesos humanos en algunas cavernas en la costa del Pacífico, en la región patagónica; los antiguos habitantes del archipiélago de los Chonos, que probablemente pertenecían a la misma raza que los que menciona Sarmiento de Gamboa, también enterraban sus muertos de la misma manera, y añadiré que los Tehuelches me han dicho que sus abuelos les contaron que en estas regiones habitaban en otros tiempos fueguinos. No hay duda de que esta momia no pertenece a los Tehuelches, pues la forma del cráneo es suficiente para demostrarlo". Como puede advertirse, en épocas no muy anteriores al descalabro de los isleños aún los grupos occidentales posiblemente los Kaukawes, transportaban sus muertos a los más recónditos lugares de la cordillera. Ni los Chonos, ni los Fueguinos empleaban capas de cuero de avestruz, pues el ajuar funerario parece corresponder íntegramente a los cazadores de alguna agrupación colateral. La pintura roja que llamó su atención, parece ser similar a la que tanto asombro causó a Fitz Roy al observarla en el cuerpo de los indígenas de la hoya Skyring en 1834. Esta momia, a juzgar por el excelente estado de conservación en que se encontraban algunos efectos, puede ser considerada como de muy antigua data. Aun cuando las inscripciones citadas han sido ya motivo de nuevos estudios

en la actualidad, y se las atribuye a los antiguos Patagones, la situación geográfica de este lugar, ratifica la presencia de los cazadores en la parte occidental de la Patagonia ¹⁶¹. Los Tehuelches orientales no visitaban dicho paradero desde tiempos muy anteriores a la exploración efectuada por Moreno, pues el mismo tuvo que utilizar un bote, y los Patagones no conocían ningún tipo de embarcación, ni la región tenía atractivos para ellos.

Muy distinto por cierto resulta el panorama si se lo contempla desde la región occidental, ocupada por los indios Kaukawes parcialmente aculturados con los canoeros.

Por la misma fecha, otro ilustre explorador argentino, el capitán Carlos María Moyano también se hace eco de los comentarios recogidos entre los Tehuelches —los mismos que visitó Moreno— sobre un paradero fueguino situado cerca de río Chico en el Territorio de Santa Cruz ¹⁶². Modernamente el Dr. Federico Escalada, se hace eco de esta noticia, y proporciona la consiguiente explicación al sintético párrafo del capitán Moyano ¹⁶³.

Si bien es cierto que los exploradores antiguos anticiparon la presencia de los Patagones en la parte occidental de la cordillera, los exploradores de la región patagónica también han sospechado infiltraciones de canoeros en el territorio continental.

Todas estas versiones, hasta el presente vagas e imprecisas, rechazan firmemente la excesiva dilatación del *habitat* alakaluf más allá de la embocadura del Estrecho, hacia el Pacífico, y reclaman nuevas y más prolijas investigaciones sobre los demás pueblos establecidos antiguamente en los canales occidentales, sin descuidar la agrupación de los Kaukawes, incluídos apresuradamente en la esfera de los canoeros, y llamados sin ningún fundamento Fueguinos.

¹⁶¹ MENGHIN, OSVALDO A., *Las Pinturas Euprestres de la Patagonia*, en *Euna*, vol. V, pág. 5.

¹⁶² MOYANO, CARLOS MARÍA, *Viajes de Exploración a la Patagonia*, pág. 130; Buenos Aires, 1931.

¹⁶³ ESCALADA, FEDERICO, *El complejo Tehuelche*, págs. 57 y 141.

VOCABULARIO WAYTECA (Chonos del golfo de Peñas)

abuelo	tónkekoq	igual que 'hombre viejo'
agua	maáksa	agua potable
ala	kamóka	
amargo	neks	gusto amargo
amigo	káašer	igual que 'como un hijo'
ancla	saco	según Fitz Roy
año	noksawlek	
arado	walete	según Fitz Roy. Pala para remover la tierra en las islas. Era de madera
árbol	mékta	cualquier árbol
arco	walt	arco para disparar flechas
arco iris	kénkapon	significa 'ojo del cielo'
avutarda	káukan	
azul	tékam	también, tepon , que significa 'color del cielo'
ballena	katáiš	
barba	táiškoq	barba del 'hombre viejo'
beber	léikse	
bigote	taišo	
blanco	wékorq	como espuma de la ola
boca	láur	'para hablar', igual que la lengua
brasa	rálm	
brujo	tákfo	igual que Fo, un brujo legendario
cabeza	mókstap	
canoa	wampus	piragua (<i>dalca</i> en araucano)
cielo	pon	
claridad	γas'e	la luz del día, sin sol. Divinidad diurna citada en sus mitos.
corazón	swa'kalk	que golpea adentro
Chiloé	ka'wais	nuestra 'isla de piedra'

choza	kémaway o ketámaway	
dedo	arks	también lo llamaban lek , que quiere decir uno
día	wárŷa	desde el amanecer hasta la noche
dudar	mótok	igual que 'pensar'
edad	keeksel	
espíritu bueno	šerri-šúpon	el 'hijo del cielo'
espíritu malo	sacima	
escupir	terk	
estrella	kíxie	
farol	oméke	
frío	pénkel	
fuego	šéku	
hablar	wur	
hijo	šer	
hija	šérse	
hombre nativo	téka	
hombre blanco	kúwa	Fitz Roy anota kubba
invierno	yagépo	significa 'tiempo sin sol'
isla	wa, o we	
labio	šo	
lobo	táka	igual que foca. Píur según Juan I. Molina.
lucero	gérak	
lugar	ay	aysen , significa lugar de las lloviznas o neblinas
luna	kiráke	
madre	omése	
mamá	ma'a	primera voz de los niños
mano	ksewa	
mujer	wanéle	

manta	ksárro	carro, según Molina. Manta de pieles teñidas
nadar	nékseks	
negro	ko'ó	
niña	konkóse	
niño	konkok	
nieve	losen	
niebla	sen	también 'llovizna'
no	nenke	negación
nube	pónse	'niebla del cielo'
nutria	cincimen	según Juan I. Molina
océano	śóko	el océano Pacífico
obscuridad	pérkse	igual que la noche. Divinidad nocturna
padre	ténkok	
paraíso	áwitem	mansión en que imaginaban a sus muertos
pelo	táiš	
perro	téwa	perro, que empleaban para ayudarles en la pesca
papa	akína	papas silvestres. Darwin anota el mismo vocablo
pie	ménka	
sangre	éwenk	sangre de animales
silbar, silbido	wíwe	
soga	kilinexa	soga vegetal según Juan I. Molina
sol	gépon	
sud	wil	también llamaban así al viento frío del sud
sueño	sékewil	
tabla o tablón	tiki	tablones de las canoas. Según Molina también nombre de un árbol
tierra	wask	
verde	kákwe	igual que el pasto de las vegas

verano	pokéye	tiempo de sol, 'brilla el cielo'
viento	áriym	únicamente el viento de la tempestad

Números

uno	lek	
dos	wo, wotok	dos, 'un par'
tres	kselek	
cuatro	wowo	dos pares
cinco	ksewo	una mano
seis	kselekwo	tres, dos veces
siete	ksewowo	tres, más cuatro
ocho	ksewowolek	una mano, un par y uno
nueve	lekwonenk	dos manos menos uno
diez	wire	o wire-ksewo , dos manos completas

Las terminaciones **ko, kon, konk**, son masculinas y **še σ se, žen o sen**, son femeninas.

Al color rojo lo denominaban indistintamente como 'la brasa' o 'la sangre'.

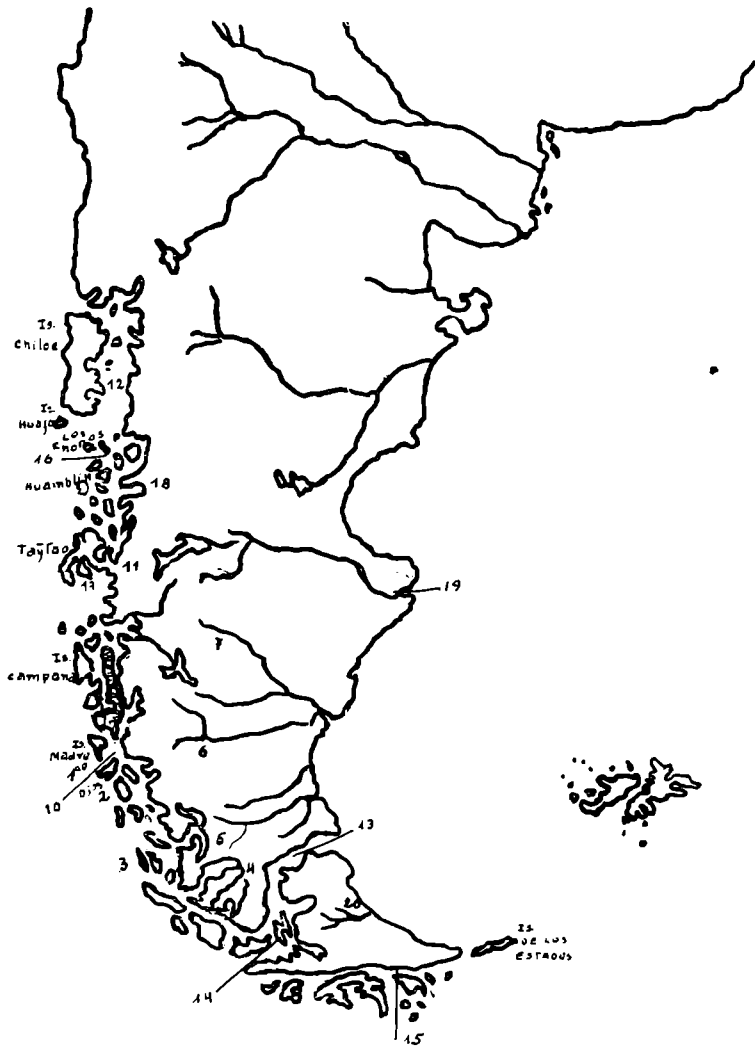
La mayor parte de sus vocablos se forman mediante la composición de voces elementales.

EXPLICACIONES A LOS NUMEROS DEL MAPA ADJUNTO

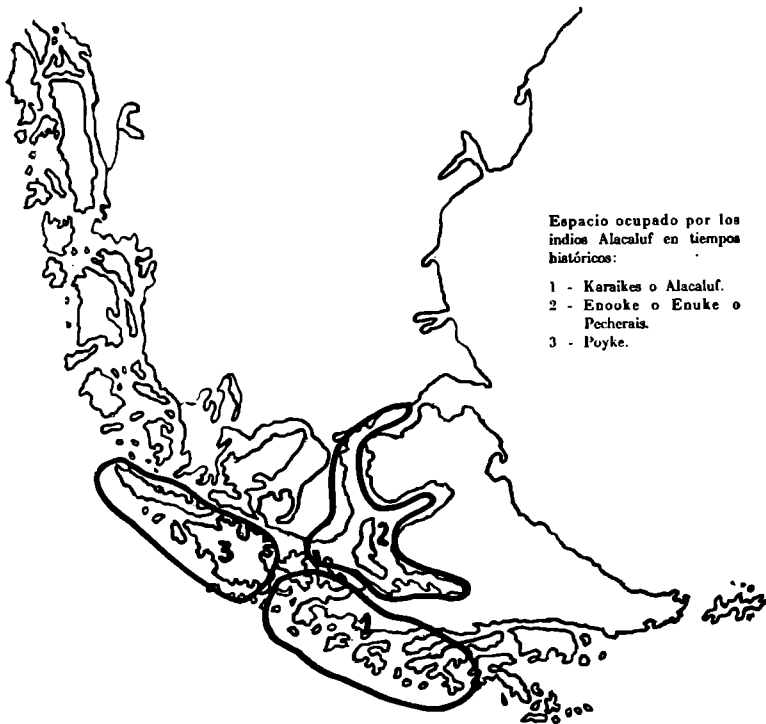
- 1 — Islas Madre de Dios, donde el capitán Fitz Roy comprobó en 1834, que los nativos hablaban el mismo idioma que en Chiloé. En esta misma región el capitán lobero Williams Low, tomó un piloto nativo, llamado Niqueuas, que conocía perfectamente toda la costa y a todos los aborígenes que hallaron hasta los 47° grados es decir hasta la península de Taytao e Istmo de Ofqui. También en estas islas se hallaron cavernas con restos humanos.
- 2 — Golfo de los Evangelistas, donde según Gerónimo Pietas, habitaban los indios Kaukawes, rama de los cazadores que ejercitaban algunas costumbres de los canoeros.
- 3 — Boca occidental del Estrecho, y zona de permanente hostilidad según Fitz Roy entre los chono y los alacaluf.
- 4 — Hoyas Water y Skyring, donde fueron descubiertos los grupos de indios huenules en el año 1834, por los británicos de la Beagle.
- 5 — Sonda Obstrucción, donde Mr. Bynoe de la goleta Beagle, halló un paradero de indios y una especie de astillero primitivo, que Fitz Roy atribuyó a los chono. Los británicos creyeron también que los indios de Skyring y Otway, cruzaban por tierra a este lugar y luego proseguían viaje hacia el norte en canoas.
- 6 — Barranca del Lago Argentino, donde Francisco P. Moreno, halló una curiosa sepultura que atribuyó a los chono, y que al parecer debe atribuirse a los indios Kaukawes, o Xewa-Kenk, denominados huenules por Fitz Roy.
- 7 — Paradero fueguino en pleno territorio de Santa Cruz según el informe del capitán Carlos María Moyano.
- 8 — Islas Waiánico, en la boca del Canal Messier, punto donde se reunían los chono y los Kaukawes para traficar, según el testimonio de los cronistas jesuitas y de los exploradores De Vea, Gallardo y Frezier. En la isla San Ignacio de este pequeño archipiélago, naufragó la fragata Le Wager, de la expedición del corsario Jorge Amaro, y posteriormente los sobrevivientes fueron socorridos por los Chono que los llevaron hasta Chiloé en sus piraguas.
- 9 — Lugar explorado por Sarmiento de Gamboa en 1579/80, donde recogió a tres indios, que se desesperaron mucho al advertir que avanzaban hacia el sur, vale decir hacia territorio enemigo.
- 10 — Lugares explorados en 1553 por Francisco de Ulloa, Cortés de Hojea, y por este último nuevamente en 1958, integrando la expedición de Ladrillero.
- 11 — Istmo de Ofqui, llamado El Desecho por los jesuitas y através del cual los chono pasaban sus canoas de tablones desarmadas para seguir viaje hacia el sur. En la misma forma fue remontado por los naufragos de la fragata Le Wager en el año 1741.
- 12 — Caylín, también llamado el Fin de la Cristiandad en las crónicas antiguas, donde los jesuitas establecieron su base para adoctrinar a los chono que habían huído hacia el sur a raíz de la presencia de los españoles en Chiloé, cuya consecuencia inmediata, fueron la esclavitud y el estallido de violentas epidemias.
- 13 — Punto alcanzado por Fernández de Ladrillero en su viaje de exploración del año 1558, donde vio a los patagones, sin llegar al océano Atlántico. Se le había encomendado abrir una nueva ruta de comunicaciones con España, para evitar los penosos viajes hasta Panamá desde la costa sur de Chile, ya en esa fecha conquistada por Valdivia y Hurtado de Mendoza.

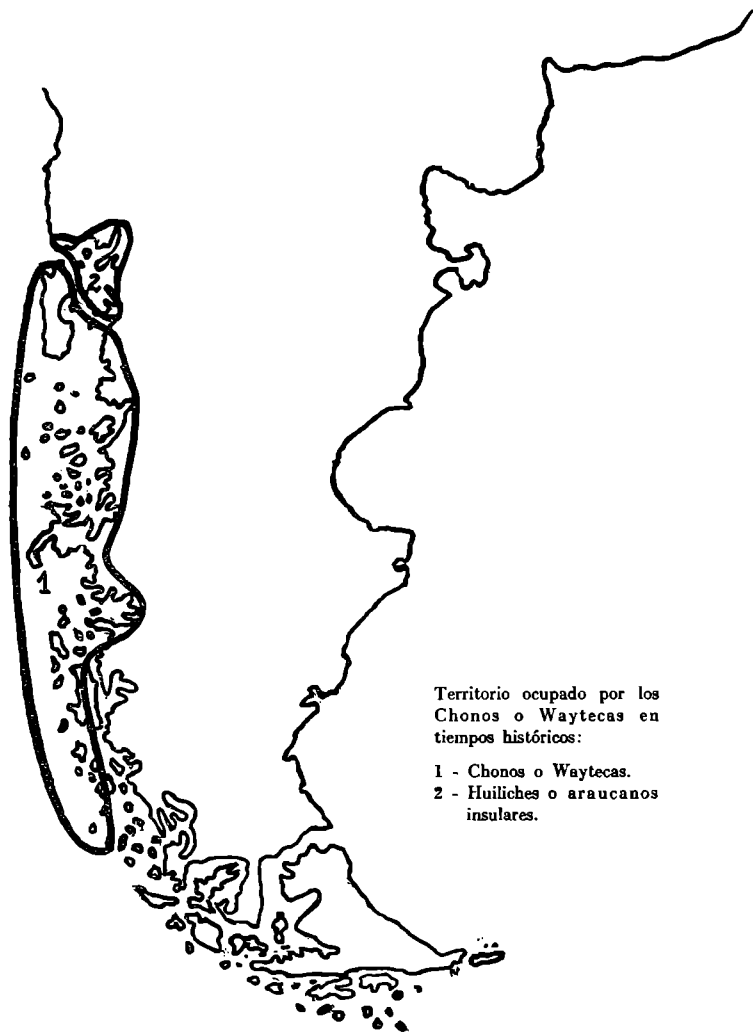
- 14 — Isla Dawson en medio del Estrecho donde los religiosos salesianos fundaron en el año 1889, una reducción de indios alacaluf, que llegó a contar hasta tres mil quinientos aborígenes.
- 15 — Canal Beagle donde los religiosos protestantes establecieron una misión para adoctrinar a los indios yámana en 1853.
- 16 — Canal de Ninualao, donde según las tradiciones de los wayteca, tuvo origen la raza, y punto hasta el cual en la antigüedad eran llevados cadáveres de sus personajes para darles sepultura en las cavernas de las islas.
- 17 — Península Taytao, y Cabo Tres Montes, donde el cirujano Elliot de la fragata Le Wager, descubrió una caverna con varios cadáveres disecados, en 1741.
- 18 — Región del Aysen, punto donde los tehuelches traficaban con los Chono en la antigüedad.
- 19 — Isla Pavón, donde los tehuelches se reunían para traficar con los colonos del capitán Piedrabuena, desde 1870. Siempre entre las tribus continentales se advirtió la presencia de algunos fueguinos gregarios.
- 20 — Misión de la Candelaria, entre San Sebastián y Río Grande, donde los religiosos salesianos fundaron una misión para catequizar a los Selknam, obteniendo los mismos desgraciados resultados que en la Isla Dawson con los alacaluf.

En el mapa puede advertirse la extraordinaria distancia que separa Caylín, de las islas Waianeco y del archipiélago Madre de Dios, puntos hasta los cuales se desplazaban anualmente los chono, desde épocas anteriores a la conquista, según el testimonio de los cronistas y demás viajeros que exploraron la región.









Territorio ocupado por los
Chonos o Waytecas en
tiempos históricos:

- 1 - Chonos o Waytecas.
- 2 - Huiliches o araucanos
insulares.

